

GOROSTIZA, MANUEL EDUARDO DE (1789–1851)

*INDULGENCIA PARA TODOS*

PERSONAJES

DON FERMÍN DE PERALTA, vecino de una villa de Navarra y padre de DOÑA TOMASA y de DON CARLOS.

DOÑA TOMASA.

DON CARLOS, amigo de DON SEVERO DE MENDOZA.

DON SEVERO DE MENDOZA, caballero vizcaíno, aunque

con su familia establecida en Castilla, y tratando de casar con DOÑA TOMASA.

DON PEDRO ARISMENDI, Alcalde Mayor del pueblo y amigo de DON FERMÍN.

COLASA, criada de DOÑA TOMASA.

GASPAR, criado de DON SEVERO.

La escena se figura en una villa pequeña de Navarra.

El teatro representa una sala de la casa de DON FERMÍN, adornada con decencia, pero con muebles algo antiguos. Estará blanqueada solamente, con alguno que otro cuadro, etcétera, y ésta tendrá dos puertas, una que conduce a la entrada de la casa, y será la del foro, y otra que conduce a las habitaciones de la familia.

La acción principia a las seis de la tarde, y da fin a las doce del día siguiente.

ACTO PRIMERO

*Escena I*

DON FERMÍN y DON CARLOS.

DON FERMÍN

¿Conque hoy llega?

DON CARLOS

Sí, señor,

hoy mismo, o miente la carta

que acabo de recibir

de don Jaime.

DON FERMÍN

Su tardanza  
me empezaba a dar cuidado.

DON CARLOS

Pues a fe que no me daba  
a mí ninguno.

DON FERMÍN

¿Y por qué?

DON CARLOS

Porque fuera una bobada.  
En un camino, señor,  
la menor cosa embaraza,  
y detiene y descompone.  
Además no encuentro tanta  
la diferencia. Él nos dijo  
que llegaría sin falta  
el lunes y llega el martes.

DON FERMÍN

Ya se ve. Con la cachaza  
que gastan los mozalbetes  
ahora, nada importa, nada.  
Lunes dijo, y llega martes;  
lo mismo es.

DON CARLOS

La cuenta es clara.  
De todos modos, un día  
más o menos...

DON FERMÍN

Hombre, calla,  
con Barrabás, y no digas  
disparates. Que el que viaja  
por interés o capricho  
se engañe en su cuenta, vaya  
con mil diablos; pero un novio  
a quien espera la blanca  
mano de una doncellita,  
por fin y postre, ¿no es gaita  
que se venga equivocando

a la primera jornada?

DON CARLOS

A veces...

DON FERMÍN

Nunca hay disculpa.

Ahora y siempre quien se casa  
debe conocer al menos  
el almanaque.

DON CARLOS

Tomasa

no juzgará ciertamente  
a su novio con tan rara  
severidad.

DON FERMÍN

Que lo juzgue

como quiera. Todo cambia,  
y en todo hay moda. Por eso  
no extrañaré que a tu hermana  
le parezca una lindeza,  
lo que en mis tiempos bastaba  
para aguar más de mil bodas.

DON CARLOS

Ya tenemos en campaña  
aquellos benditos tiempos.

DON FERMÍN

No, que no. Si fuera chanza...

Por mucho menos tu tía  
doña Leonor de Peralta  
y Quincoces dio a su novio  
unas sendas calabazas,  
sin mirar que era marqués,  
y rico y tonto.

DON CARLOS

¡Ahí es nada

lo del ojo! Y diga usted  
¿por qué hizo tal mojiganga  
la buena doña Leonor?

DON FERMÍN

Yo lo diré, pues me hallaba  
precisamente en la iglesia  
cuando el caso. Todo estaba  
preparado: el organista  
en su puesto, las arañas  
encendidas, los chiquillos  
a la puerta, y las beatas  
muy cerquita de la novia  
para ver si se cortaba.  
Sólo, en fin, faltaba el cura  
parpa casarlos.

DON CARLOS  
Pues falta  
era.

DON FERMÍN  
No tanta, que estuvo  
la cosa más apurada  
de lo que a ti te parece.  
El sacristán era rana,  
no niego, y aun el mejor  
tabernero de Navarra,  
según dijeron entonces;  
pero él solo fue la causa  
de todo; con las mejores  
intenciones, las más malas  
resultas que puede haber.

DON CARLOS  
La intención siempre le salva.

DON FERMÍN  
Sí; pero ¿a quién se le ocurre,  
sin esperar a que salga  
el cura y por abreviar  
y pillar pronto las tarjas,  
el decir a novio y novia  
que las manos se tomaran?  
Ya se ve, el pobre cuitado,  
a fuerza de amor, estaba  
como están todos los novios,  
sin saber lo que les pasa,  
ni lo que hacen, y por dar  
la mano derecha, alarga  
la zurda, y zas, mi marqués

equivoca la estocada.

DON CARLOS

¡Oiga, y qué lance!

DON FERMÍN

Tu tía

era muy buena. Una santa  
casi, casi; pero en punto  
a el honor muy delicada.  
Así, o porque tuvo agüero,  
o porque le diese rabia  
al ver que todos rieron  
del marqués la borricada,  
lo cierto es que una congoja  
le dio allí mismo, tan larga,  
que la tuvimos por muerta.  
El doctor, que la enterraran  
dispuso ya.

DON CARLOS

¿Y se enterró?

DON FERMÍN

No, porque como esperanzas  
nos diera el sepulturero,  
quisimos ver si acertaba,  
y quiso Dios que acertase.  
Pero ¡ay Carlos!, ¡qué mudanza!  
Luego que tornó a la vida,  
dijo que no se casaba,  
y no se caso, no hay más,  
que no se casó.

DON CARLOS

Pues basta

y sobra cuanto habéis dicho  
para probar que se amaba  
de otro modo en vuestros tiempos,  
pero padre, está mi hermana  
en un caso muy distinto  
que su tía. Si el novio tarda,  
ignoramos los motivos.  
Dejad que llegue y la causa  
sabremos.

DON FERMÍN

Lo que te digo  
es, que entonces no escapara  
tan ahína.

DON CARLOS

Señor, entonces  
una mula se encojaba  
con igual facilidad  
que ahora. También en posadas  
quedaban trasconejados  
gorros, pelucas y batas.  
Si una rueda se rompía,  
si un zagal se emborrachaba,  
como se rompen y aturcan  
los presentes; si en España  
no se andaba por los aires,  
díglele a usted...

DON FERMÍN

Que me cansas  
y me secas y fastidias:  
basta ya por Dios. ¿Colasa?

COLASA

¿Señor? (Desde adentro.)

DON CARLOS

Otras son las cosas  
que a mí me asustan.

DON FERMÍN

¿Qué?

DON CARLOS

Nada.

DON FERMÍN

Vaya, dilo, no me vengas  
ahora con medias palabras  
a guisa de covachuelo.

DON CARLOS

Pues señor, no es la tardanza,  
que es el genio de mi amigo  
el que solo me acobarda:

su genio, su poco mundo,  
su austeridad, su...

DON FERMÍN  
(Llamando.) ¿Muchacha?  
Esta maldita está sorda.

*Escena II*

COLASA y los dichos.

COLASA  
¿Mande usted?

DON FERMÍN  
¿Dónde te hallabas,  
diablo, que siempre es preciso  
desgañitarse?

COLASA  
¡Caramba!  
Después que estoy todo el día  
hecha un azacán, regaña  
usted.

DON FERMÍN  
Mujer, no es reñir,  
es preguntar dónde estabas.  
y qué hacías.

COLASA  
Limpiar el cuarto  
del huésped, hacer la cama,  
y tenerlo todo pronto  
para cuando llegue.

DON FERMÍN  
Brava  
mozuela. Y dime ¿qué colcha  
has puesto?

COLASA  
¡Toma! La blanca  
de damasco.

DON FERMÍN

Te confieso  
que temí no le encajaras  
la de filipichi.

COLASA

Bueno  
hubiera sido.

DON FERMÍN

Y la toalla,  
el espejo, la escobilla,  
el jarro y la palangana,  
¿está todo en su lugar?

COLASA

Todo está.

DON FERMÍN

Pues ahora, marcha,  
y clávate en el balcón,  
sin andar en garambainas,  
ni muecas con el herrero  
de enfrente; avisa, Colasa  
en sonando campanillas.

COLASA

Para autorizar las casas  
nunca hace falta una mona,  
en tanto que haya criadas.

DON CARLOS

Ya está aquí nuestro don Pedro.

DON FERMÍN

¿Qué don Pedro o calabaza?

DON CARLOS

¡Toma! El Alcalde Mayor.

*Escena III*

DON PEDRO y dichos, menos COLASA.

DON FERMÍN  
¡Jesús, qué milagro! Vaya,  
no esperaba tan temprano  
a usted.

DON PEDRO  
Usted es la causa,  
amigo.

DON FERMÍN  
Pues me lo cuelgo  
con gusto.

DON PEDRO  
Anoche quedaba  
usted con tal impaciencia  
por su yerno, que...

DON FERMÍN  
Mil gracias,  
mas ya salí del cuidado.

DON PEDRO  
¡Hola!

DON FERMÍN  
Sí señor. La carta  
que veis es de aquel don Jaime,  
un hidalgo de Tafalla,  
que antes fue torero...

DON PEDRO  
¿Aquél  
que vive en la misma plaza  
entre el cura y la botica?

DON FERMÍN  
El mismo que viste y calza.

DON PEDRO  
¿Y qué dice el buen hidalgo?

DON FERMÍN  
Dice que durmió en su casa  
antes de anoche mi yerno,

y que hoy llegará sin falta  
a la tardecita.

DON PEDRO

Sea,  
pues que tanto se deseaba,  
mil veces enhorabuena.

DON FERMÍN

Mucho, en verdad, me alegrara  
si ya estuviese hecho todo;  
porque a lo menos me ahorra  
de camorras.

DON PEDRO

¿Qué camorras?  
en cosa ya tan tratada,  
y que tanto os acomoda,  
no se debe hablar palabra,  
y dejar obrar al tiempo.

DON FERMÍN

Pues ahí verá usted. Acaba  
ahora mismo el señor mío  
de volver a las andadas,  
y repetir cuanto dijo  
anoche.

DON CARLOS

Si me dejara  
usted hablar...

DON FERMÍN

¡Dios nos libre!

DON CARLOS

La ventura de mi hermana  
la encuentro comprometida:  
ella será desgraciada  
sin duda. Siempre lo dije,  
y lo diré mientras haya  
remedio.

DON FERMÍN

¿Pues tú no fuiste,  
hijo o demonio, la causa

de saber yo que existía  
tal hombre? ¿No le alababas  
a troche y moche? ¿Te acuerdas  
cuando fui por ti a Vergara,  
qué pesado y qué chinchoso  
estuviste con las raras  
prendas, y torna las prendas,  
y el talento y la motriaca  
de tu amigo, hasta obligarme  
a que le viese y tratara?  
Y entonces ¿de qué te admiras  
si me gustó? ¿Por qué extrañas,  
que no siendo un pelagatos  
además, para Tomasa  
le haya escogido? Su padre  
que se casó en Salamanca,  
siendo joven y estudiando  
lo que allí enseñan, gastaba  
coche, y era un caballero  
quien yo traté en mi infancia,  
y con quien siempre seguí  
correspondencia por cartas.

DON CARLOS

Lo mismo que dije entonces,  
repito ahora, y si palabra  
me da usted de no enfadarse  
explicaré lo que llama  
en mí una contradicción.

DON PEDRO

Oigámosle. (A DON FERMÍN.)

DON FERMÍN

¿Sí? Pues charla  
cuanto quieras, hijo mío;  
te concedo carta blanca.

DON PEDRO

Don Severo de Mendoza  
es un hombre a quien la sabia  
naturaleza ha tratado  
con tal indulgencia y tanta  
prodigalidad, que apenas  
se encuentra entre las humanas  
ciencias, una, no que ignore,

sino en que no sobresalga.  
Su talento, aplicación  
y lectura; su extremada  
facilidad para cuanto  
quiere aprender, y que allana  
en su favor los escollos,  
que a tantos detienen, causan  
verdadera admiración.  
Yo le conocí en Vergara,  
en donde de Humanidades  
la cátedra profesaba,  
y en donde tuvo principio  
la amistad que nos enlaza.  
Su figura es agradable,  
su corazón noble; se halla  
en aquella edad preciosa  
en que ya desarrolladas  
nuestras facultades pueden  
realizar sus esperanzas.

DON PEDRO  
¿Qué edad tiene?

DON CARLOS  
Treinta y cinco.

DON FERMÍN  
Sí, sin lo que anduvo a gatas  
el año de ochenta y cuatro...

DON CARLOS  
En fin, una sola mancha  
desluce cuadro tan bello,  
y un defecto es el que se halla  
en él.

DON FERMÍN  
¿Y cuál?

DON CARLOS  
No tener  
ninguno.

DON FERMÍN  
¡Miren qué tacha!

## DON CARLOS

Aún más de lo que os parece,  
que la propia desconfianza  
es sólo quien nos inclina  
a excusar ajenas faltas.  
Tiene el hombre mil tiranos,  
que le sujetan o arrastran,  
que le empujan o detienen,  
que le humillan o levantan  
el interés, la opinión,  
las pasiones exaltadas,  
los encontrados deberes,  
las distintas circunstancias  
en que cada cual se encuentra,  
son otras tantas borrascas  
donde el piloto más diestro,  
si no perece, naufraga.  
Y bien, ¿cómo exigiremos  
indulgencia y tolerancia  
de quien jamás ha sufrido,  
de quien ignora las varias  
vicisitudes que afligen  
nuestra existencia precaria?  
Éste es el caso, señor,  
del novio. Desde su infancia  
fue conducido al colegio;  
allí dio tanta esperanza,  
sus progresos fueron tales,  
que sus mismos camaradas,  
y los profesores mismos  
vencieron su desconfianza,  
y le obligaron a que  
se opusiese a la expresada  
cátedra, en lugar de irse  
con su padre a Salamanca,  
como quiso: Hace, en efecto,  
esta oposición, la gana,  
y desde entonces gustoso  
se dedica a la enseñanza  
de aquellos que poco antes  
sus iguales se juzgaban.  
Sin embargo, en nada influye  
esta rápida mudanza  
para sus inclinaciones:  
desde su estudio a las aulas,  
desde su casa al colegio

su vida entretiene y pasa  
sin más trato que sus libros;  
ya que esta pasión le aislara  
de suerte que desconoce  
el suelo que pisa. Su alma  
engañada, enardecida  
por lecturas exaltadas,  
otra existencia se crea  
tan ficticia como vana.  
Grecia y Roma es su universo;  
las virtudes celebradas  
de sus hijos, son las solas  
que le admiran y le inflaman;  
con él no hay medio: a su lado  
no se disimula nada;  
y merece su desprecio,  
si no vive a la espartana  
el que le quiere tratar.

DON FERMÍN

¿Y qué consecuencia sacas  
de toda esa relación  
de méritos?

DON CARLOS

Una y clara.  
Que quien no conoce el mundo  
sino por libros; quien trata  
de encontrar en cada hombre  
un Catón, mucho se engaña  
a sí mismo, y mil pesares  
para los demás prepara.  
La perfección está lejos  
de nosotros por desgracia;  
y el que se juzga perfecto,  
mal podrá sufrir las trabas  
que el lazo social impone,  
ni tolerar con cachaza  
de una mujer los caprichos,  
de un amigo la inconstancia,  
de un hijo los devaneos,  
o de un suegro la acendrada  
impertinencia.

DON FERMÍN

Pues, mira,

pienso que esas alpargatas  
que dices, no dejarían  
de tener una manada  
de chiquillos, como tiene  
cualquiera que ahora se casa;  
y no obstante...

DON CARLOS

Es que la historia  
nos recuerda las hazañas;  
pero no las peloterías,  
que dentro de puertas pasan.  
Tomasa, señor, es viva,  
y en Madrid acostumbrada  
al buen trato y diversiones;  
no me parece muy ardua  
empresa pronosticar  
que no será afortunada,  
teniendo siempre a su lado  
un censor, que la eche en cara  
hasta lo mismo que forma  
la existencia de una dama.  
Tal es mi opinión. Usted  
hacer podrá de su capa  
un sayo, nada me importa,  
pues cumplí con la sagrada  
obligación que tenía.

DON FERMÍN

Señor don Pedro de mi alma  
¿no es verdad que cuanto dice  
este mozo es una sarta  
de desatinos?

DON PEDRO

No tal.  
Las reflexiones que acaba  
de manifestar don Carlos,  
antes bien son muy sensatas.

DON FERMÍN

¿Qué dice usted?

DON PEDRO

Lo que digo:  
Que no arriendo la ganancia

a Tomasita, si el novio  
es tal cual nos le retrata  
su hermano.

DON CARLOS  
Nada pondero.

DON PEDRO  
¿Y a Tomasita le agrada  
ese carácter adusto? (A DON FERMÍN.)

DON FERMÍN  
No lo sé; pero apostara  
a que sí; pues ella y todas  
lo que quieren es casaca.

DON PEDRO  
¿Se conocen?

DON FERMÍN  
No se han visto  
jamás.

DON PEDRO  
Y la repugnancia  
de su hermano ¿no la asusta?

DON FERMÍN  
Como está bien educada,  
nunca tuvo voluntad  
propia.

DON PEDRO  
O a manifestarla  
no se atrevió nunca. Amigo,  
vamos claros: la muchacha  
puede que felice sea;  
pero boda cimentada  
sobre bases tan endeables,  
promete cortas ventajas.

DON FERMÍN  
Pero señor, ¿qué remedio  
tiene el asunto? Avisada  
ya la parentela, escrito  
al tío sumiller, las galas

compradas, y en casa... vamos,  
no es posible. Campanada  
igual ni un negro la diera.

DON PEDRO

Tampoco se desbarata,  
con esa facilidad  
un lazo, en que interesadas  
están dos nobles familias.  
Así, pues, yo aconsejara  
se ensayase solamente  
un medio...

DON FERMÍN

¿Alguna demanda

ante el Vicario?

DON PEDRO

No es eso.

DON FERMÍN

Pues lo que es ir a la Sala  
no me atrevo: lo confieso.  
Tengo mi casa atrasada  
de tal modo con la guerra...  
Luego, ya ve usted, las cargas  
que se pagan, el granizo  
que sufrimos por marzo...

DON PEDRO

¡Anda!  
ya escampa y llueven guijarros.  
No, don Fermín, no se zanja  
tamañas dificultades  
con pleitos, y aquél que trata  
de componer un asunto  
de familia sin jaranas  
ni ruidos, nunca conviene  
que empiece rompiendo lanzas.

DON FERMÍN

Pues eso quiere decir.

DON PEDRO

Ahora bien, yo me inclinara

a que inventásemos juntos  
un buen ardid, que de chanza  
tuviese el nombre, que fuese  
una lección que enseñara  
a ese filósofo grave,  
que todos a igual distancia  
están de la perfección,  
y que...

DON FERMÍN

Ya estoy. Usted trata  
de que caiga de su burro,  
¿no es verdad?

DON PEDRO

Pues.

DON FERMÍN

Y de que abra  
los ojos, y reconozca  
que él es de la misma pasta  
que su padre y que su madre;  
¿no es así?

DON PEDRO

Cabal.

DON FERMÍN

Pues basta,  
corre de mi cuenta.

DON PEDRO

¿Cómo?

DON FERMÍN

Lo dicho, dicho. Mañana  
estará más blando el hombre  
que una breva.

DON PEDRO

Pero...

DON FERMÍN

Nada:  
fíese usted en mí. Se hará,  
y usted me dará las gracias.

DON PEDRO

Pero, en fin, sepamos cómo.

DON FERMÍN

Mañana al romper el alba  
tomo la mula, y me voy  
al convento de las Claras.  
Conozco allí al Capellán,  
que es un piquito de plata  
y todo un hombre, que estuvo  
consultado por la Cámara  
para una ración en Ceuta;  
y a saber dónde se hallara  
en el día, si él no la hubiera  
renunciado; pero, vaya,  
lo que él dice: Vale más  
servir con mucha eficacia  
media docena de madres,  
que agradecen y que pagan,  
que no meterse en cabildos.

DON PEDRO

Al grano, por Dios.

DON FERMÍN

Cachaza,  
que no seré muy difuso.  
Digo, que mi confianza  
entera la deposito  
en la prudencia, en la labia  
de este docto sacerdote;  
que lo traeremos a casa,  
y en dos o tres encerronas  
le pondrá como una malva.

DON PEDRO

¡Ay, don Fermín! ¡Y cuán poco  
conoce usted nuestra humana  
flaqueza! ¿Usted se figura  
que se curan con palabras  
los ridículos, los vicios  
que la educación arraiga  
en nosotros? ¿Usted piensa  
que una obra cimentada  
por el tiempo y la costumbre,

se destruye o desbarata  
con retóricos discursos?  
Pues no, amigo, usted se engaña.  
El hombre es tan material,  
que para que se persuada  
de un error, es fuerza que antes  
se enteren y satisfagan  
los sentidos; que lo toque,  
que lo vea, que la acerada  
espuela del desengaño  
sienta, y sufra.

DON FERMÍN  
Conque ¿nada  
aprovecha un buen talento?

DON PEDRO  
¿Quién dice que no? Él acaba  
la conversión, apreciando  
las ventajas que se ganan,  
y los riesgos que se evitan.

DON CARLOS  
Es el cachetero.

DON FERMÍN  
Calla.

DON PEDRO  
Ejemplos y no sermones,  
es mi receta.

DON FERMÍN  
Pues caigan  
más ejemplos sobre el novio,  
que pelos quiere una calva  
y amigos tiene un ministro.

DON PEDRO  
¿Conque ustedes me dan amplias  
facultades?

DON FERMÍN  
Sí, señor.

DON PEDRO

Pues, amigos, oíd mi traza.  
La escalera de la vida  
está con jabón untada,  
y el que baja más confiado,  
si se descuida, resbala,  
y da con su cuerpo en tierra  
como los demás: Se trata,  
me parece, de que el novio  
dé también su costalada,  
para que luego no riña  
a los que en el suelo se hallan.  
Pues bien, pongamos chinitas  
de trecho en trecho; y si baja  
él tropezará.

DON FERMÍN

Así sea;  
pero temo que la trampa  
llegue a conocer, la evite,  
y después a carcajadas  
se burle y mofe de todos.

DON PEDRO

No tal, que nadie se escapa  
sin su chichón en la frente,  
al menos.

DON FERMÍN

¿Y si pesada  
le pareciese la burla,  
y se picase?

DON PEDRO

Si alcanza  
la medicina, no importa  
que nuestro enfermo al tragarla  
se queje un poco; que luego  
sano, nos dará las gracias;  
y si no alcanza, tampoco  
importa un pito; pues clara  
prueba será que su mal  
no tiene cura.

DON FERMÍN

Pues nada  
nos detenga.

DON PEDRO

Principiemos  
por decirle que Tomasa  
no está en casa; y el papel  
de una joven desgraciada  
y sensible, podrá entonces  
representar la muchacha.

DON FERMÍN

¿Con qué fin?

DON PEDRO

Yo lo diré.

*Escena IV*

COLASA y dichos.

COLASA

Señor, señor.

DON FERMÍN

¡Qué embajada  
será ésta!

COLASA

¡Toma! Que llegan  
ya.

DON FERMÍN

¡Ay Dios!

COLASA

Ya están en la plaza.

DON FERMÍN

Pronto, pronto, la peluca,  
dadme los guantes, la caña  
y el sombrero.

DON PEDRO

¿Para qué?

DON FERMÍN

¿No es fuerza, pues, que yo salga  
a recibirle?

DON PEDRO

Antes no.

Si hemos de efectuar la farsa  
proyectada, deberemos  
primero sus circunstancias  
comprender, y repartir  
los papeles.

DON FERMÍN

¿Dónde?

DON PEDRO

¡Brava  
dificultad! En cualquiera  
parte, aunque sea en la cuadra:  
el caso es que nos juntemos.

COLASA

(A DON FERMÍN)

Intendenta, comisaria,  
¿no oye usted cómo vocea  
el mayoral?

DON FERMÍN

(A DON PEDRO) ¿Y la sala  
que ocupaba el alojado,  
será buena?

DON PEDRO

Soberana,  
vamos a ella.

COLASA

¿Y yo qué digo  
si se me pregunta?

DON FERMÍN

Nada;  
que las mujeres no dicen  
poco, cuando están calladas.

COLASA

¿Y he de callar siempre?

DON FERMÍN  
Siempre.

DON PEDRO  
Vamos.

DON CARLOS  
Presto.

COLASA  
A la ventana  
me vuelvo, que quiero ver  
si aprisa o despacio baja,  
si entra con el pie derecho,  
si estornuda o si se rasca;  
pues son dignas de notarse  
las menores circunstancias  
en un hombre tan valiente,  
como el guapo que se casa.

## ACTO SEGUNDO

### *Escena I*

COLASA, sola.

COLASA  
Al arma, pues, que tenemos  
nuestro moro ya en campaña;  
y su porte y su presencia  
son, a la verdad, gallardas.  
Pero a mí ¿qué se me da?  
¡Por cierto que es de importancia  
el papel que se me ha dado!  
¡Qué insulsez! ¡Ay! Si me enfadan  
les he de pedir a gritos  
me pongan una mordaza;  
porque si no... ¡qué sé yo!  
Mala es la fruta vedada  
para las hijas de Adán;  
y a fe que hay muchas manzanas.

¡Callar yo! Si sueño a gritos,  
como despierta... ¡qué rabia!  
Porque charlar me dejasen,  
les diera ahora mi soldada  
de este mes. Luego este novio  
es fuerza traiga una gana  
de conversación... cual todos.  
Querrá hacerme la confianza  
de su pasión, los temores  
que le asustan, la esperanza  
que le anima, sus deseos,  
sus sacrificios, sus ansias,  
con toda la letanía  
que rezan los que se casan,  
sin conocer del oficio  
las quiebras... y yo ¿una estatua  
estará sin responderle,  
ni tomar si me regala?  
No haré tal por vida mía.  
Ya suben: vamos, Colasa,  
ojo alerta, y no digamos  
nada que conmigo valga  
y pueda comprometer;  
pero sí, medias palabras;  
y aun enteras, siempre que  
sean palabras cortesanias;  
pues dicen son muy lucidas,  
y de muy poca sustancia.

## *Escena II*

DON SEVERO, GASPAR y dicha.

DON SEVERO

(A GASPAR.)

Lo dicho, dicho, Gaspar.

(A COLASA.)

Niña ¿es usted de la casa?

COLASA

Sí, señor, soy la doncella  
que hay en ella.

DON SEVERO

Pues bien, haga  
usted, si gusta, el favor  
de anunciarle mi llegada.

COLASA  
¿A quién?

DON SEVERO  
A su amo de usted.

COLASA  
¿No más?

DON SEVERO  
¿Y qué más?

COLASA (Aparte.)  
No gasta  
el hombre mucha saliva.  
Si las señas no me engañan,  
no me costará ya tanto  
callar, como imaginaba.

### *Escena III*

DON SEVERO y GASPAR.

DON SEVERO  
Y bien, ¿por qué te detienes?

GASPAR  
Señor, por Santa Susana  
bendita; usted reflexione,  
que yo... sí...

DON SEVERO  
En vano te cansas,  
toma tu muleta y busca  
otro amo.

GASPAR  
Pero...

DON SEVERO

Excusadas,  
para genios como el mío,  
son todas esas plegarias.  
Marcha.

GASPAR  
Diez años comí  
pan de usted y así se pagan...

DON SEVERO  
Nada te debo.

GASPAR  
Cariño.

DON SEVERO  
El que sirve mal, poco ama  
al dueño que le mantiene.

GASPAR  
En fin, señor, ¿una falta  
sólo en diez años merece  
que usted me eche de su casa?

DON SEVERO  
Quien hace un cesto hace ciento.

GASPAR  
¿Y qué hice yo para tanta  
crueldad?

DON SEVERO  
Una bagatela:  
a la primera jornada  
volverte y dejarme solo  
sin avisarme.

GASPAR  
La causa  
la sabe usted.

DON SEVERO  
Y es muy justa.  
¡Qué! Dejarme en la estacada,  
por una mujer...

GASPAR

No hay tal,  
y yo no soy tan batata,  
que por mujeres faltase  
a mi obligación.

DON SEVERO

Repara  
en que me dijiste anoche  
lo contrario.

GASPAR

¿Yo?

DON SEVERO

¡Tú!

GASPAR

Flaca  
memoria tiene usted.

DON SEVERO

¡Cómo!  
¿Con que no fue por Olalla,  
la chica del sacamuelas  
por quien volviste?

GASPAR

¡Caramba!  
¿Puede, acaso, despedirme  
antes de ella?

DON SEVERO

¡Habrá tal mandria!  
¿Con que fue por ella?

GASPAR

Sí.

DON SEVERO

¿Y Olalla no tiene faldas?

GASPAR

Sí tiene; pero es mi novia,  
y hay muchísima distancia  
de una cosa a otra.

DON SEVERO

¡Por vida!

Ya mi paciencia se acaba.

¿No es lo mismo una mujer  
que una novia?

GASPAR

Vaya, vaya

¿con que es lo mismo?

DON SEVERO

Sí tal.

GASPAR

¿Y se aman lo mismo?

DON SEVERO

¡Vanas

sutilezas! Salte afuera.

GASPAR

¿Y se aman lo mismo?

DON SEVERO

Marcha,

te digo.

GASPAR

¿A que no responde?

¡Oh razón, lo que tú alcanzas!

¿Pues reduces al silencio

a los mismos que nos pagan?

Pero por si acaso, voy

a implorar con eficacia

el favor de don Fermín;

que tal vez podrán mis lágrimas

enternecerle: él es suegro...

pero es hombre y tiene entrañas.

*Escena IV*

DON SEVERO, solo.

## DON SEVERO

Bueno fuera, pese a tal,  
que así al deber se faltase,  
y uno luego se escudase  
con la causa de su mal:  
no, señor; el criminal  
cuando halaga su cadena,  
a sí mismo se condena,  
y pues no tiene disculpa,  
ya que cometió la culpa,  
que sufra también la pena.

El alazán corredor  
salta incómoda barrera  
que le corta su carrera,  
que inutiliza su ardor;  
brama al verla de furor,  
tasca el freno, su atrevida  
mano hiere endurecida  
tierra; pero él se detiene,  
y su jinete previene,  
por si acaso, espuela y brida.

Asimismo la pasión  
también encuentra barreras,  
que establecieron severas  
ya la ley, ya la razón;  
que una vez a la opinión  
o al capricho se permita  
despreciar lo que limita  
nuestro humano desenfreno,  
y si hallasen hombre bueno  
pueden ponerle en su ermita.

La indulgencia es flojedad,  
la tolerancia simpleza,  
que indican mucha torpeza,  
o mucha necesidad.

Yo lo digo con verdad,  
compadezco al desgraciado;  
pero si encuentro un culpado  
por criminal o por necio,  
le doy sólo mi desprecio,  
y sale muy bien librado.

*Escena V*

DON CARLOS y dicho.

DON CARLOS  
¡Severo!

DON SEVERO  
¡Carlos!

DON CARLOS  
¡Por vida  
de sanes! Abraza, abraza.  
¿Cómo estás?

DON SEVERO  
Como quien viene

a realizar la esperanza  
de su dicha. ¿Y tú?

DON CARLOS  
Más gordo  
que un necio.

DON SEVERO  
¿Y tu buen padre?

DON CARLOS  
Anda  
con el cachicán a vueltas;  
ya vendrá. Qué ¿por Tomasa  
no me preguntas? Muy tibio  
traes el cariño.

DON SEVERO  
Esperaba,  
si te he de decir verdad,  
que su vista me excusara  
tal pregunta.

DON CARLOS  
Pues no, amigo,  
porque la pobre muchacha  
no puede estar en dos partes.

DON SEVERO  
¿Cómo?

DON CARLOS

Desde la semana  
pasada está en el convento  
donde niña se educara.  
Quiso hacer una novena  
a Santa Rita de Casia,  
y fue fuerza darla gusto.

DON SEVERO

Y ¿qué le pide a esa santa  
abogada de imposibles?

DON CARLOS

¿Qué sé yo? Pero apostara  
a que pide un buen marido;  
que una mujer no repara  
en gollerías.

DON SEVERO

Según veo,  
tú siempre el mismo humor gastas,  
y a fe que bien te lo envidio.

DON CARLOS

¿Qué se ha de hacer? No se saca  
otra cosa de esta vida.  
Para eso el tuyo no cambia,  
siempre serio y circunspecto.  
¿No es verdad?

DON SEVERO

Si es que tú llamas  
seriedad a no gustar  
de juveniles borrascas,  
ni de locos devaneos,  
verdad es.

DON CARLOS

Hombre, ¡qué guapa  
pareja hicieras con Flora!

DON SEVERO

¿Con quién?

DON CARLOS

Con Flora.

DON SEVERO

¿Esa dama  
quién es?

DON CARLOS

Mi novia.

DON SEVERO

¡Tu novia!

DON CARLOS

La misma; pues qué, ¿mi hermana  
sola ha de ser quien se case?

DON SEVERO

No por cierto, y si lograras  
buena elección, bien hicieras.

DON CARLOS

¡Oh! Lo que es eso extremada,  
pues la joven es preciosa.  
No merezco descalzarla,  
ya ves, y no soy del todo  
mal pellejo.

DON SEVERO

Tú la ensalzas  
sobremanera.

DON CARLOS

Es justicia.  
Lo que es de la Iglesia al Papa,  
y no más. En fin, tú pronto  
podrás, si quieres, juzgarla,  
que no está lejos.

DON SEVERO

¿Pues dónde?

DON CARLOS

La tienes dentro de casa.  
Si es parienta nuestra, y tuya  
lo será luego.

DON SEVERO

Ignoraba  
que tal parienta tuvieses.

DON CARLOS

¡Jesús! Pues la fecha es rancia.  
No te acuerdas de mi tío  
don Sempronio de Peralta,  
que siendo oidor de Sevilla,  
pasó luego a la otra banda,  
y allí murió?

DON SEVERO

No me acuerdo  
de tal don Sempronio.

DON CARLOS

¡Vaya!  
¿Con que no te acuerdas?

DON SEVERO

No.

DON CARLOS

Lo siento.

DON SEVERO

Haces muy mal.

DON CARLOS

Lástima,  
como ella... morirse el pobre  
apenas pasó la charca,  
y antes de hacer pacotilla,  
dejando sólo a su amada  
Florita por dote un loro,  
un coco vacío, dos cajas  
de azúcar, cien apellidos,  
y muchos miles de trampas.

DON SEVERO

¡Rica herencia de un indiano!

DON CARLOS

Pero padre que idolatra,  
como buen navarro, a todos

sus parientes, pronto a casa  
la trajo, donde dispuso  
casarme con ella, y trata  
de que mi boda y la tuya  
se celebren juntas.

DON SEVERO

¡Cuánta  
no debe ser tu alegría,  
oh Carlos, con la fundada  
esperanza de que pronto  
harás feliz a tu amada!  
Ella, sin duda, te quiere  
y congenia, y...

DON CARLOS

Tú desbarras.  
Ni ella me quiere, ni es fácil  
el hallar en media España  
dos genios más encontrados  
que los nuestros.

DON SEVERO

¿Y te casas?

DON CARLOS

Sí.

DON SEVERO

Pero ¿tienes certeza  
que no te quiere?

DON CARLOS

En mis barbas  
ella misma me lo ha dicho.

DON SEVERO

¿Y te casas?

DON CARLOS

Sí.

DON SEVERO

¡Caramba,  
y qué valor!

DON CARLOS

Si ha de ser,  
lo mismo es hoy que mañana.  
Padre exige que me case,  
yo no tengo repugnancia  
al estado...

DON SEVERO

Ya lo veo.

DON CARLOS

Además, he visto tantas  
que me juraban cariño,  
y entonces me la pegaban,  
que ¿quién sabe si mi Flora  
tendrá al fin, la extravagancia  
de adorarme? Ella es mujer...  
y yo soy hombre.

DON SEVERO

Mil gracias  
por la noticia.

DON CARLOS

Pues mira,  
en estas dos circunstancias  
y con la ayuda del tiempo  
fundo toda mi esperanza.  
La posesión y el amor  
riñen pronto, se separan,  
y cuando más, la amistad  
suele ser quien los reemplaza.  
Así, supuesto que todos  
tarde o temprano se igualan,  
es fuerza que me concedas  
llevo a todos la ventaja  
de empezar por donde siempre  
ellos concluyen.

DON SEVERO

¡Qué ganga!

DON CARLOS

Yo me caso como juego:  
pienso perder cuantas cartas  
apunto, las pierdo, ¡bueno!.

otra cosa no esperaba.  
Pero si se dan los sietes  
me trago banquero y banca;  
que sólo soy jugador  
de bonitas, y quien gana  
con ellas, gana dos veces  
si logra provecho y fama.

DON SEVERO

Si tal concepto tuviese  
del bello sexo, me ahorcaba  
primero que me casase.  
Qué, ¿que yo mismo arriesgara  
al capricho de un buen dado  
mi dicha, la de mi casa,  
la de mis hijos...? ¡Oh! Nunca,  
nunca jamás me casara  
si tal creyese. Yo busco  
para mi esposa en tu hermana  
una mujer cariñosa,  
amable, fiel, moderada;  
una madre de familia  
en el cumplimiento exacta  
de los inmensos deberes  
de su estado; una apreciada  
amiga, cuyo consejo  
me dirija, y cuya sana  
doctrina pueda servirme  
de norte; por fin, una ama  
de casa, que cuidadosa  
sepa dar a tanta máquina  
el impulso conveniente.  
Esto busco.

DON CARLOS

Dime, ¿y si hallas  
en vez del melón que buscas  
una insulsa calabaza;  
qué tal?

DON SEVERO

Se indigestaría.

DON CARLOS

Pues por si fuesen mal dadas  
compra jarabe de altea,

y tenlo a mano.

DON SEVERO

¡Qué gracia!

DON CARLOS

Según eso: ¡tú no apruebas  
mi elección!

DON SEVERO

¿Quién, yo aprobarla?  
Ni por pienso.

DON CARLOS

Pues, Severo,  
si supieras lo que falta...

DON SEVERO

Pero hombre ¿qué faltar puede?

DON CARLOS

No es tampoco una cosaza  
del otro jueves; simplezas,  
o si tú quieres niñadas  
de mi novia.

DON SEVERO

Y bien, tu novia...

DON CARLOS

Mi novia está enamorada.

DON SEVERO

¿De ti?

DON CARLOS

No por cierto.

DON SEVERO

Alabo  
la frescura.

DON CARLOS

¿Importa nada?

DON SEVERO

Nada, pues tú te conformas.

DON CARLOS

¿Y quieres que me asustara  
de una simple niñería?  
No por cierto. Flora estaba  
por San Fermín en Pamplona...

DON SEVERO

¿Este año?

DON CARLOS

Sí, este año.

DON SEVERO

¡Calla!  
Y yo también; sigue, sigue.

DON CARLOS

Allí en la calle, en la plaza  
de toros, o en el paseo  
(no sé bien dónde se hallaba),  
pero lo cierto es que vió  
un hombre, cuya bizarra  
presencia, cuya finura  
y porte la enamorara.  
Desde entonces tan galán  
Belianís no se separa  
ni un instante de su idea,  
y le ha jurado constancia  
eterna, bien que mental,  
y un si es o no es temeraria;  
porque ni sabe su nombre,  
ni su estado, ni su estancia,  
ni su genio, ni siquiera  
si él echó de ver la llama  
amorosa que encendió  
su simple vista en mi amada.

DON SEVERO

¡Extraño caso!

DON CARLOS

Antes no:  
si no le habló una palabra,  
en su vida ¿cómo diablos

puede saberlo?

DON SEVERO

Me pasma  
semejante idolatría.

DON CARLOS

Y ahora bien, ¿es cosa extraña  
no tema yo tal rival?

DON SEVERO

No es temible, mas repara  
que este hecho, sin embargo,  
siempre indica que exaltada  
y novelesca tu Flora  
es un poco estrafalaria.  
¿En qué cabeza, di, Carlos,  
que esté un poco organizada  
puede caber tal amor?

DON CARLOS

En la de mi Flora se halla:  
¡ha leído tanta novela!...

DON SEVERO

¡Malo!

DON CARLOS

¡Ah! No: me equivocaba.  
Nunca gustó de novelas;  
pero es muy aficionada  
a los librotos de historia.

DON SEVERO

Eso es distinto.

DON CARLOS

Se pasa  
las noches de claro en claro  
leyendo a nuestro Mariana,  
cuando no son los anales  
de Tácito o la Farsalia.

DON SEVERO

¡Hola! ¿Pues sabrá latín?

DON CARLOS

¿Latín?

DON SEVERO

Pues.

DON CARLOS

Si sabrá, vaya  
al menos el que sabían  
las madres de Santa Clara  
cuando estuvo en su convento.

DON SEVERO

¿Luego estuvo con Tomasa?

DON CARLOS

Precisamente. Si son  
uña y carne.

DON FERMÍN

(Desde adentro.) ¿Carlos?

DON CARLOS

(Aparte.) ¡Gracias  
a Dios, que ya no podía  
mentir más! Mi padre llama,  
y es fuerza ver lo que ordena:  
mas ya sale.

*Escena VI*

DON FERMÍN, DON PEDRO y dichos.

DON SEVERO

Ya tardaba  
a mi impaciencia, señor,  
la hora tan afortunada  
de estrecharos en mis brazos.

DON FERMÍN

Apriete usted, buena alhaja,  
que bien tiene que apretar,  
si a fuerza de brazos trata  
de pagarme mi cuidado.

¿Es hoy lunes?

DON SEVERO

Mi tardanza  
fuera en verdad reprensible,  
a no ser involuntaria.

DON FERMÍN

Ya es usted buen perillán.  
Anoche eran las diez dadas,  
y espera que espera; sí,  
no eran malas esperanzas.  
El guisado se pegó,  
y no es extraño, que estaba  
cociendo desde las cinco;  
hasta la maldita gata,  
para entretener el hambre,  
afianzó un capón, que daba  
envidia; no hubo remedio,  
todo lo llevó la trampa;  
y gracias a las gallinas,  
y a que jamás huevos faltan  
en casa, porque si no  
la cena fuera ensalada  
muy fresca y muy picadita,  
pero de endeble substancia  
para estómagos navarros.

DON SEVERO

¡Cuánto me pesa!...

DON FERMÍN

Desgracias  
como las de anoche, nunca,  
nunca se vieron en casa.  
La criada medio dormida  
se cayó de la colada  
en la caldera; allí estuvo  
un cuarto de hora.

DON SEVERO

¡Muchacha  
infeliz! Se cocería.

DON FERMÍN

No, porque estaba sin agua

casualmente, mas con todo  
se tiznó manos y cara.

DON CARLOS

Y el susto también se cuenta.

DON PEDRO

Si en ello usted no se enfada,  
dejarlo para otro día,  
y sepamos por qué causa  
este caballero pudo  
detenerse.

DON SEVERO

Fueron faltas  
de un criado, que no merecen  
vuestra atención.

DON FERMÍN

¡Calla, calla!

Olvidado se me había:  
¡pobre Gaspar! Con la zambra  
de anoche está mi cabeza  
como una cesta de ranas.

DON SEVERO

¿Conoce usted a Gaspar?

DON FERMÍN

El pobre cuitado acaba  
de hablar conmigo.

DON SEVERO

¿Ha tenido  
la osadía?...

DON FERMÍN

¿Es menester tanta  
cuando se pide perdón?  
Vaya, que vuelva a tu gracia,  
y pelitos a la mar.

DON SEVERO

Yo quisiera que empleara  
usted mejor mi obediencia.

DON FERMÍN

Si le he dado mi palabra,  
¿no es fuerza que la cumpla?

DON SEVERO

Repare usted...

DON FERMÍN

No repara  
en nada mi caridad.  
Si al caído no se levanta,  
sólo porque tropezar  
no ha debido, ¿quién pasara  
por las calles?

DON SEVERO

Yo no soy  
de ese parecer. El que anda  
debe saber cómo pisa,  
y si tropieza, que caiga  
enhorabuena; pues torpe  
el equilibrio no guarda.

DON FERMÍN

¿Y no le he de dar la mano?

DON SEVERO

No, señor, que si trabaja  
por levantarse; si suda  
por lograrlo; si se afana,  
esta fatiga, este empeño  
dejan recuerdos que bastan  
muchas veces para que  
pueda evitar otras faltas  
iguales; mas si al contrario  
se le ayuda, y se le halaga,  
lo toma por chiste, y cae  
diez veces cada semana.

DON FERMÍN

Nunca entendí semejantes  
filosofías. La cristiana  
religión de mis abuelos  
que ayude al caído me manda  
y no más. ¿Es cierto?

DON PEDRO

Cierto.

La ley castiga las faltas,  
y el hombre las compadece.

DON FERMÍN

Por supuesto.

DON SEVERO

(Aparte.) ¡Qué ignorancia!

DON FERMÍN

Así pues, con tu permiso  
me marcho a que Gaspar salga  
de dudas.

DON SEVERO

Perdone usted:

mi conducta es arreglada  
a mis principios. Jamás  
me separo de la raya  
del deber; y por lo tanto  
Gaspar saldrá de mi casa.

DON FERMÍN

¿Esto dices?

DON SEVERO

Esto digo.

DON FERMÍN

Pues amigo, quien desaira  
antes de casarse al suegro,  
casado le descalabra  
cuando menos, y en verdad  
que esta entrada de pavana  
me gusta muy poco.

*Escena VII*

DOÑA TOMASA y dichos.

DOÑA TOMASA

Tío,

¿se echa vinagre a la salsa  
del pato? ¡Ay, Jesús mil veces!

DON CARLOS  
¿Qué te asusta?

DON FERMÍN  
Alguna rata,  
sin duda, que se pasea,  
según costumbre.

DOÑA TOMASA  
(A DON SEVERO.) ¿Me engaña  
el deseo? ¿Sois vos, señor?

DON SEVERO  
¿Y yo qué soy?

DOÑA TOMASA  
Nada, nada.  
Perdonad: mi fantasía  
si... cuando... ¡el cielo me valga!

DON FERMÍN  
Desmayose.

DON PEDRO  
Sostenedla.

DON SEVERO  
(Aparte.) No sé lo que por mí pasa.

DON FERMÍN  
Don Severo, ¿qué es aquesto?

DON SEVERO  
¿Yo qué sé?

DON FERMÍN  
Si habrá entruchada.

DON PEDRO  
Un poco de éter sería  
muy bueno.

DON CARLOS

No tal, echadla  
agua fresca solamente.

DON FERMÍN  
Sí, que después calaguala  
la daremos para el susto  
que don Severo la causa.

DON SEVERO  
Pero ¿en qué asustarla puedo?

DON PEDRO  
Ya vuelve en sí.

DON CARLOS  
Albricias, alma.

DON FERMÍN  
Hija mía, digo, sobrina,  
responde por Dios. Palabra,  
(A DON PEDRO, aparte.)  
¿cómo se llama hoy la chica?

DON PEDRO  
Flora.

DON FERMÍN  
¡Ah! Sí... Flora, muchacha,  
vuelve en ti.

DOÑA TOMASA  
¡Ay Dios!

DON FERMÍN  
Don Severo,  
si Flora en usted repara  
quizá vuelva a desmayarse:  
háganos usted la gracia  
de separarse un poquito,  
un poco más... a la espalda  
de nuestro alcalde.

DON SEVERO  
(Aparte.) Paciencia  
y veamos en lo que para.

DOÑA TOMASA

¿Dónde estoy?

DON CARLOS

En el estrado.

DOÑA TOMASA

¿Quién son, pues, estos fantasmas  
que me rodean?

DON CARLOS

Son tu tío,  
un primo que te idolatra,  
con el alcalde mayor;  
y en fin, nuestro don...

DON FERMÍN

¡Carambas!  
¿Qué es lo que vas a decir?

DON CARLOS

Es verdad.

DON FERMÍN

¿Quieres matarla?

DON SEVERO

(Aparte.) Pues señor, estamos frescos:  
no hay duda que es de una extraña  
brillantez el papelito  
que represento en la casa.

DOÑA TOMASA

Permitid que me retire.

DON PEDRO

Sí, es mejor; Carlos, llevadla,  
conducid a vuestra prima.

DON FERMÍN

Que se eche sobre la cama  
si no quiere desnudarse.

DON PEDRO

Cuidado con las ventanas  
y las puertas.

DON CARLOS

Vamos, prima.

DON PEDRO

Cubridla bien con las mantas.

*Escena VIII*

DON SEVERO, DON FERMÍN y DON CARLOS.

DON FERMÍN

¡Pobre Flora, pobre Flora!  
Tan joven, tan desgraciada.  
¡Señor! Cuidado que es obra.

DON PEDRO

Sosegaos.

DON FERMÍN

Se me traspasa  
el corazón siempre que  
sucede.

DON SEVERO

Pues ¿se desmaya  
muy a menudo?

DON PEDRO

Padece  
unos vapores...

DON FERMÍN

¡Mal hayan  
los vapores! Nunca, nunca  
he conocido en mi infancia  
semejante enfermedad:  
entonces sólo se usaban  
indigestiones, viruelas,  
golondrinos, almorranas,  
y otros males conocidos;  
pero ahora todo es de extranjía:  
histérico, nervios, bilis,  
flato ardiente y calabazas

fritas, y Dios me perdone;  
porque me lleva la trampa,  
notando que hasta el morirse  
ha de ser a uso de Francia.

DON PEDRO

Es preciso seamos justos.  
Una joven educada,  
como se acostumbra hoy día,  
es fuerza padezca varias  
dolencias desconocidas  
a sus madres, que ignoraban  
por necesidad sus nombres;  
verbigracia: una extremada  
afición a la lectura,  
muchas veces arrebatada  
el calor a la cabeza,  
y de ahí se siguen las bascas,  
las jaquecas, los vapores,  
y otros alifafes.

DON FERMÍN

¡Brava  
dificultad! ¿Pues hay más  
que no leer?

DON PEDRO

Señor ¿qué dama  
pudiera alternar entonces  
en cuestiones literarias,  
como hoy alternan?

DON FERMÍN

¿Qué importa?  
Mi madre, que de Dios haya,  
aunque no supo de letras,  
siempre estuvo embarazada  
o parida; y es, amigo,  
lo que ser madre se llama.

DON PEDRO

¿Y quién puede disputar  
a mi señora doña Ana  
lo que ganar así supo?

DON FERMÍN

Además, ¿qué fruto sacan

con todas esas lecturas?

DON SEVERO

Poco o nada, si son malas;  
si son buenas y escogidas  
mucho; pues hallarán sana  
doctrina, máximas puras,  
ejemplos, modelos, sabias  
instrucciones...

DON FERMÍN

Y también  
embelecocos y patrañas.

DON SEVERO

Conque ¿no hallará una joven,  
si lee la historia romana,  
que aprender en la firmeza  
de una Porcia, en la constancia  
de una Lucrecia?

DON FERMÍN

Hombre, a luengas  
tierras las mentiras largas.  
Esas Porcias y Lucrecias,  
si de cerca se miraran  
se vieran, ni más ni menos,  
como se ven hoy las Juanas,  
las Pepas y las Franciscas.  
En todo tiempo hubo gaitas,  
Severo, y no nos cansemos.

DON SEVERO

Eso es ya negar...

DON FERMÍN

Yo nada  
niego; mas sí dudo.

DON SEVERO

Pero...

*Escena IX*

COLASA y dichos.

COLASA

La cena.

DON FERMÍN

¡Santa palabra!

¿Y Flora?

COLASA

Cena en su cuarto.

DON FERMÍN

¿Y Carlos?

COLASA

Está en la sala

de comer.

DON FERMÍN

(A DON SEVERO.) Y diga usted

¿doña Lucrecia cenaba?

DON SEVERO

Es natural.

DON FERMÍN

Pues entonces,

cenemos todos, que tarda

a mi estómago este instante.

DON SEVERO

¡Ay, don Fermín! Me olvidaba

de entregaros un dinero,

que me dieron en Tafalla

para vos.

DON FERMÍN

Ya me lo avisa

don Jaime: tiempo hay mañana.

DON SEVERO

Aquí lo tengo yo en oro.

DON FERMÍN

Pues no quiero: ¡hay tal machaca!

vamos, vamos a cenar.

DON SEVERO

Vamos pues, ¡cosa más rara!  
¿Por qué se habrá desmayado?  
No puedo dar con la causa.

## ACTO TERCERO

### *Escena I*

DOÑA TOMASA y COLASA.

DOÑA TOMASA

¡Qué larguísima es la cena!

COLASA

Y ¿cuándo el tiempo no tarda  
para el hambriento que aguarda?

DOÑA TOMASA

La consecuencia no es buena;  
pues tú sabes que he cenado.

COLASA

Pero os queda el apetito  
de que caiga en el garlito  
ese novio desdichado.

DOÑA TOMASA

Dime, Colasa, por Dios,  
¿le encontraste muy galán?  
¿Es bizarro?

COLASA

¡Lindo afán!  
Ahora es galán para vos,  
mas no sé lo que será  
cuando os santifique el cura.

DOÑA TOMASA

Gala que tan poco dura  
muy mala espina me da.

Sin embargo, te confieso  
que me ha parecido bien.

COLASA

Si viene a casarse, ¿quién  
puede, señora, hablar de eso?  
Pues los hombres más tranquilos  
son parecidos al paño,  
y mientras no pasa un año  
nunca descubren los hilos.

DOÑA TOMASA

Lo mismo de una doncella  
dirán con distintos modos.

COLASA

Dicen que es Fénix, y todos  
hablan bien sin conocella.  
Sólo un diestro cazador  
la ve en sus redes cogida,  
mas no temáis que en su vida  
disminuye su valor.  
Que aquél que suda y se afana  
por coger una nuez verde,  
trabajo y mérito pierde,  
si confiesa que está vana.  
Pero hablando de otra cosa  
¿qué esperáis, señora, aquí?  
¿Queréis serviros de mí?

DOÑA TOMASA

Antes no, siendo forzosa  
necesidad que te alejes  
luego que sintamos ruido;  
y si acaso es mi querido  
Severo, sola me dejes.

COLASA

¿Tenéis, pues, que hablar con él?

DOÑA TOMASA

Mucho tengo que decir.

COLASA

¿Y qué?

DOÑA TOMASA  
Voyle a descubrir  
un secreto.

COLASA  
Conque infiel  
hollando promesa y fe  
¿vais a decir la verdad?

DOÑA TOMASA  
¡Jesús, y qué necedad!  
Cuando me case lo haré;  
porque antes muy mal hiciera,  
y ninguno se casara  
si una mujer encontrara,  
que la verdad le dijera.  
Ahora esta conversación  
sólo a esforzar nuestro enredo  
se dirige.

COLASA  
Tengo miedo  
que como los hombres son  
ladinos y redomados,  
no descubra la maraña.

DOÑA TOMASA  
¡Ay Colasa! Les engaña  
su amor propio a los cuitados.  
Este sexo protector  
convierte todo en sustancia;  
no temo su vigilancia,  
temo más bien su rencor:  
porque el orgullo ofendido  
perdona muy rara vez.

COLASA  
Marido con altivez  
no puede ser buen marido.

DOÑA TOMASA  
¿Y a quién tal cosa acomoda?  
Por eso y por mi sosiego  
tomo cartas en un juego  
en que arriesgo amor y boda.

COLASA

No temáis ya, que por vos  
con toditas las mujeres  
está Amor.

DOÑA TOMASA

¿Y entonces quieres  
que tema?

COLASA

Señora, adiós,  
pues siento abrir la mampara.

DOÑA TOMASA

Adiós, pues, y el cielo quiera  
que esta mentira primera  
no se conozca en mi cara.

*Escena II*

DOÑA TOMASA, sola.

DOÑA TOMASA

Quiero sentarme y tomar  
una postura elegante,  
compañera de un semblante,  
que demuestre mi pesar.  
Apóyese la mejilla  
en la mano; el pie pulido  
descanse como al descuido  
en el palo de esta silla.  
Mis ojos lánguidos, bellos,  
respiren amor y enojos,  
y encubran tan tristes ojos  
mis desgreñados cabellos.  
¡Ay! Si un espejo tuviera  
no era dudoso el efecto,  
que un amigo tan perfecto  
ni engañara ni mintiera;  
mas si el destino cruel  
me priva de tal consejo,  
sea el interés mi espejo,  
que otros se miran en él  
y les sale bien la cuenta.

¿Por qué no ha de ser así  
con mi engaño? Ya está aquí:  
quiera Dios no me arrepienta.

*Escena III*

DON SEVERO y dicha.

DON SEVERO

Vaya, ¡y qué pesados son!  
Tanto beber y brindar,  
y después vuelta a empezar  
la eterna conversación  
del abuelo don Rodrigo,  
y del tío don Sempronio:  
parentela del demonio,  
¿queréis acabar conmigo?  
Yo pienso que hasta mañana  
permanecen en la mesa  
según su ninguna priesa.  
¡Buen provecho! A la ventana  
me voy a tomar el fresco  
y a fe que lo necesito,  
pues este vino maldito  
de Peralta, es un refresco  
singular para verano.  
¡Si quema más que la lumbre!  
Como no tengo costumbre  
de beber, y este inhumano  
suegro quiso que bebiese  
como ellos beben, a estajo,  
no extrañaré que un trabajo  
esta noche sucediese.

DOÑA TOMASA

¡Ay Dios!

DON SEVERO

Se quejan, suspiran.  
¿Quién, pues?... Mas, cielos ¡qué veo!  
¿es ilusión del deseo  
la que mis ojos admiran?  
¿Sois vos, graciosa Florita?

DOÑA TOMASA

Sí, señor, la misma soy.

DON SEVERO

Mil gracias al cielo doy,  
pues tan bella os resucita.

DOÑA TOMASA

¡Lisonjas a mí, señor!  
Pienso que os equivocáis.

DON SEVERO

No sé por qué lo digáis.

DOÑA TOMASA

Dígolo, porque mejor  
se emplearán en mi prima.

DON SEVERO

¿En quién?

DON SEVERO

En doña Tomasa,  
que aunque está fuera de casa,  
y no os conoce, os estima.

DON SEVERO

El amar sin conocer,  
no es fácil de concebir;  
porque si amar es sentir,  
¿cómo se siente sin ver?

DOÑA TOMASA

Gusta el veros de un humor  
tan grato y tan placentero;  
y sacar partido quiero.

DON SEVERO

¿Cómo?

DOÑA TOMASA

Pidiendo un favor  
que espero no me neguéis.

DON SEVERO

Disponed, Florita hermosa,

de mi ser.

DOÑA TOMASA

Es corta cosa;  
tan sólo que me escuchéis.  
Temo, caballero,  
que os ha de cansar  
mi triste relato,  
pero pues que ya  
fui tan infelice  
que disimular  
no supe esta tarde,  
por Dios perdonad,  
y sabedlo todo,  
porque mi pesar  
ha llegado al punto  
en que es fuerza optar  
entre odio y desprecio;  
y en apuro tal,  
del odio prefiero  
experimentar  
la herida dudosa  
y no la mortal  
con que los desprecios  
matan sin chistar.  
Bien sé que mi tío,  
lleno de bondad,  
habrá disculpado  
a mi ceguedad.  
También os diría,  
que una enfermedad  
es sólo la causa  
de todo mi mal.  
¡Donosa bobada  
de un viejo que ya  
olvidado tiene  
qué cosa es amar!  
¡Ay! No ha mucho tiempo  
que mi mocedad  
alegre ignoraba  
del ciego sagaz  
los fieros ardides,  
la impune maldad.  
Pensaba yo entonces  
que ni el bien ni el mal  
pudieran un día

turbar mi orfandad;  
gozosa burlaba  
en mi oscuridad  
los títulos vanos,  
las honras que dan  
orgullo a los ricos,  
al triste, pesar.  
¡Dichosa mil veces,  
si tanta humildad  
con tanta ventura  
pudiese durar!  
Mas no, que huyó luego  
mi felicidad,  
luego que la flecha  
sentí del rapaz.  
¡Mal haya este instante  
para mí fatal!  
Pues perdí la dicha,  
y hallé en su lugar  
dudas, sinsabores,  
envidia falaz,  
y celos, y celos  
que son el dogal  
que al enamorado  
incomoda más.  
Esta digresión,  
señor, perdonad,  
que una amante lengua  
no sabe callar;  
y vamos al caso.  
Siete meses ha  
que estuve en la feria,  
allá en la ciudad,  
por la temporada  
en que todos van  
los buenos navarros  
digo, a celebrar,  
comiendo y bebiendo,  
la festividad  
del santo Patrono.  
Allí, cuando más  
descuidada estaba,  
vi cierto galán.  
Ignoro quién sea,  
que una principal  
mujer, por recato

no puede saciar,  
como otras mujeres  
su curiosidad.  
Pero sea quien fuere  
yo no puedo amar  
sino a aquel que supo  
con sólo mirar,  
fijar mi inconstante  
grata veleidad.  
Volvime a la aldea  
creyendo encontrar  
en ella el sosiego  
que huyó en la ciudad.  
¡Insensata, cuánto  
me pude engañar!  
¿Sosiego un amante?  
Más fácil es dar  
constancia a la suerte,  
límites al mar.  
Si al menos pudiera,  
en la soledad  
del bosque sombrío,  
quejarme y llorar;  
si no me inquietasen,  
no fuera yo tan  
desafortunada;  
pero por mi mal  
se empeña mi tío  
que me he de casar  
con mi primo Carlos,  
a quien yo jamás  
podré hacerle dueño  
de una voluntad  
que está enajenada  
y es mala de dar.  
En vano les dije  
toda la verdad;  
en balde eché mano  
de la seriedad,  
del desdén severo,  
del odio mortal,  
de cuantos afectos  
pueden demostrar  
mi acerbo disgusto,  
y su necedad.  
Todo ha sido en vano,

y contrarrestar  
la razón no puede  
a su terquedad.  
Mi boda y la vuestra  
se han de celebrar  
en un mismo día.  
Yo no os digo más.  
Si sois caballero,  
si sabéis amar,  
vuestra cortesía  
puede adivinar  
lo que yo no digo;  
y reflexionad  
que el que es bien nacido  
obra como tal,  
y en nada lo prueba  
más que en respetar  
la flaca modestia.  
Don Severo, obrad  
no por lo que dije,  
sí porque callar  
debí, y porque os toca  
a vos lo demás.

DON SEVERO

Lo que ahora llevo a entender  
no sé si deba dudar.

DOÑA TOMASA

Será porque el desconfiar  
acompaña al merecer.  
Mas no perdamos, señor,  
nuestro tiempo en platicar,  
¿puedo tranquila contar  
con vuestro auxilio y favor?  
Al menos por compasión,  
ya que otra cosa no sea,  
a esta unión que se desea,  
a esta aborrecida unión  
¿os opondréis?

DON SEVERO

Sí, mi bien,  
o quien soy no seré yo.

DOÑA TOMASA

¿Y lo prometéis?

DON SEVERO

¿Pues no?

DOÑA TOMASA

¿Y lo juraréis también?

DON SEVERO

Pongo al cielo por testigo,  
y lo juro a vuestros pies.

*Escena IV*

DON CARLOS y dichos.

DON CARLOS

Pues ese juramento es  
más de amante que de amigo.

DOÑA TOMASA

Señor don Carlos, si en daño  
tan vuestro escuchasteis necio,  
agradeced un desprecio  
que os produce un desengaño.  
La ley castiga al sujeto  
que robar lo ajeno trata,  
y el amor al que arrebató,  
la posesión de un secreto.  
Culpad vuestra necedad  
que aquí tan mal os sirvió,  
y no os quejéis porque yo  
siempre os dije la verdad.  
Aunque vos una corona  
me pusierais a los pies,  
no la admitiera, pues es  
vuestro amigo el de Pamplona.  
Y pues ya tuve el consuelo  
de ver lo que apetecía,  
voy a gozar mi alegría  
a solas. Guárdeos el cielo.

*Escena V*

DON SEVERO y DON CARLOS.

DON CARLOS

Hombre vil, mal caballero,  
falso amigo, humana fiera,  
engañoso cocodrilo,  
o venenosa culebra  
que abrigó mi triste pecho,  
di, vascongada pantera,  
por casualidad nacida  
entre los montes de Azpeitia...

DON SEVERO

Carlos, calla, ¿estás borracho,  
o has perdido la cabeza?  
No añadas más disparates  
a tamañas desvergüenzas.  
Qué, para que yo responda  
a cuanto preguntar quieras,  
¿necesitas echar mano  
de esas palabras groseras,  
que sólo mala crianza  
o poca razón demuestran?  
¿Qué quieres, pues, que te diga?

DON CARLOS

Nada ya, porque tu lengua  
no puede decirme más  
de lo que sé.

DON SEVERO

Pues bien, cesa,  
cesa ya tales injurias,  
y el partido que convenga  
mejor a tu situación  
toma.

DON CARLOS

Mi intención es ésa.  
Y pues el uso establece  
entre hombres de nuestras prendas  
sólo un medio de borrar  
todo género de ofensas,  
ése escojo.

DON SEVERO

Di cuál es.

DON CARLOS

Que conmigo al campo vengas.

DON SEVERO

Pues ¿a qué?

DON CARLOS

A satisfacerme.

DON SEVERO

¿Cómo?

DON CARLOS

Quedando uno en tierra.

DON SEVERO

¡Bueno! Pero no sabía  
que romperme la cabeza  
pudiera satisfacerte.

DON CARLOS

¿Qué quieres? Así lo ordena  
el que llamamos honor.

DON SEVERO

¿Qué derechos se reservan  
entonces las santas leyes?

DON CARLOS

En semejantes materias  
la opinión y la costumbre  
deciden.

DON SEVERO

Pero el que piensa  
con madurez, el que trata  
de seguir siempre la senda  
del deber y la virtud,  
debe transigir con ellas.

DON CARLOS

Si se complace en la infamia,

que transija enhorabuena.

DON SEVERO

¿En la infamia?

DON CARLOS

Pues, ¿y cómo  
se puede llamar la befa,  
el desprecio, los baldones,  
que a los prudentes esperan  
en premio de su conducta?

DON SEVERO

Les sobra con su conciencia.

DON CARLOS

Muy bien defiendes tu causa.

DON SEVERO

¿Es confesión o indirecta?

DON CARLOS

Como quieras entenderlo,  
pero permite que crea  
que ese tono magistral,  
esa estudiada elocuencia,  
y una cierta timidez  
que a pesar tuyo se muestra,  
dan a entender...

DON SEVERO

¿Qué?

DON CARLOS

Tan sólo  
que es más miedo que prudencia.

DON SEVERO

¿Volvemos a los insultos?

DON CARLOS

Al contrario: a mí me alegra  
infinito que a tu Flora  
se le ofrezca tan risueña  
perspectiva. Un sempiterno  
marido con la moderna

cualidad de no gustar  
de lances ni de quimeras,  
es un fortunón desecho.

DON SEVERO

¿Callas?

DON CARLOS

¿Hay toros de cuerda  
en tu lugar? Si los hay  
no asistas, porque se llevan  
a veces sendos porrazos.

DON SEVERO

(Aparte.) Ya me falta la paciencia.

DON CARLOS

Y siempre es mucho mejor  
morir de gota serena.

DON SEVERO

Hablador de Barrabás,  
lo que buscas es pendencia,  
y la tendrás porque calles.

DON CARLOS

¿Cuándo ha de ser?

DON SEVERO

Cuando quieras.

DON CARLOS

Pues ahora mismo.

DON SEVERO

Ahora mismo.

DON CARLOS

¿Tienes padrino?

DON SEVERO

¿Tú sueñas?  
¡Padrino! Pues ¿quién se casa,  
o se bautiza, o se vela?

DON CARLOS

El ceremonial exige  
la indispensable presencia  
de dos amigos, que juzguen  
si ambos se matan en regla.

DON SEVERO

Yo aquí no conozco a nadie.

DON CARLOS

Muy bien, y pase por ésta.  
¿Vamos?

DON SEVERO

Vamos.

DON CARLOS

Oyes, baja  
poco a poco la escalera,  
que yo voy por las pistolas.

DON SEVERO

Cuidado no te detengas.  
(Aparte.) Bueno es que un loco me obligue  
a hollar por la vez primera  
(Yéndose.) mis principios. ¡Qué remedio  
tiene! Y ¿quién tiene paciencia  
para sufrir sin motivo  
dicterios, insultos, befas  
y provocaciones? Vaya,  
ya no extraño que sucedan  
dos mil lances cada día,  
y que un hombre de prudencia  
sin gustar de espadachines,  
muchas veces lo parezca.

*Escena VI*

DON CARLOS, DON FERMÍN, COLASA, DOÑA TOMASA y DON PEDRO.

DON CARLOS

Señores, oíd, escuchad  
al rey de armas.

COLASA

¿Qué me ordena?

DON FERMÍN

¿Qué quieres?

DON CARLOS

Sólo deciros

en dos palabras y media,  
que gracias a mis ardides,  
y a su ninguna experiencia,  
tenemos ya al señor mío  
cogido en la ratonera;  
que vamos desafiados,  
que las pistolas no llevan  
sino pólvora, que así  
es probable que no muera  
ninguno, que arrepentidos  
de nuestra injusta pendencia,  
juraremos olvidarla;  
y yo lleno de ternera  
a mi Flora cederé,  
y mis derechos con ella;  
pero como siempre es bueno  
que nada de esto lo sepan  
ustedes por disimulo,  
irá, que quiera o no quiera,  
a pasar toda la noche  
al garito de la Pepa.  
El fastidio, la ocasión,  
y cierta condescendencia  
que se debe a los extraños,  
harán que juegue, y que pierda  
el poco o mucho dinero  
que lleve en la faltriquera;  
y aburrido y descontento  
lo traeré cuanto amanezca  
a que ustedes, padres graves,  
pongan fin a la comedia.

*Escena VII*

DON FERMÍN, DON PEDRO, COLASA y DOÑA TOMASA.

DON FERMÍN

Carlos, mira, escucha, aguarda.

COLASA

Sí, llame usted a otra puerta,  
que según va no le alcanza  
una bala de escopeta.

DON FERMÍN

¡Válgame Dios con el chico!

DON PEDRO

¿Cuál era la intención vuestra  
en detenerlo?

DON FERMÍN

No sé.  
Estas armas me revientan,  
que al fin el diablo las carga.

DON PEDRO

Déjese usted de simplezas.  
¿No las ha visto cargar?

DON FERMÍN

Sí; pero...

DON PEDRO

¿Pero qué?

DON FERMÍN

¡Buena  
pregunta! Al fin son pistolas.

DON PEDRO

Buenas noches.

DON FERMÍN

Qué ¿nos deja  
usted?

DON PEDRO

Pues ¿hay que velar  
algún enfermo?

DON FERMÍN

Quisiera

saber en lo que paraba.

DON PEDRO

Amigo, larga la lleva  
usted entonces; porque  
ahora son las diez y media  
y hasta las siete lo menos...

DON FERMÍN

Según eso, me aconseja  
usted me desnude.

DON PEDRO

Y que  
duerma usted a pierna suelta.  
Fuera lo demás locura.

DON FERMÍN

No sé si podré.

DON PEDRO

Agur.

DON FERMÍN

Ea,  
hasta mañana temprano,  
¿no es verdad?

DON PEDRO

Sin duda.

DON FERMÍN

Buenas  
noches. Nicolasa, alumbra  
al señor...  
(A TOMASA.) Tú ¿no te acuestas?

DOÑA TOMASA

¿Por qué no?

DON FERMÍN

Como es tu novio.

DOÑA TOMASA

¿Qué importa para que duerma?  
Demasiado velaré

luego que ya no lo sea;  
porque entonces los cuidados,  
ya ve usted, siempre desvelan.

DON FERMÍN

Tienes razón, hija mía,  
duerme bien, y toma fuerzas  
para sufrir los cuidados  
que, según dices, te esperan.

## ACTO CUARTO

Escena I

DON SEVERO y DON CARLOS.

DON CARLOS

¿Y quién pudiera prever  
que te cegaras, maldito?

DON SEVERO

Todo el que entra en un garito  
ha de jugar y perder.  
Así nada es de extrañar  
que yo jugara y perdiera;  
lo que sí me desespera,  
es me dejase arrastrar  
por un loco como tú  
a esa lóbrega mansión.

DON CARLOS

Es casa de diversión.

DON SEVERO

Es casa de Belcebú.

DON CARLOS

¿Aún la cólera te dura?  
¿Qué viste tan malo allí  
que así te alterara?

DON SEVERO

Vi

un infierno en miniatura,  
y no merece otro nombre,  
porque se deja al entrar  
cuanto puede recordar  
los privilegios del hombre.  
En un ahumado aposento,  
anegado en porquería,  
he visto en un solo día  
lo que no pudiera en ciento.  
Sobre una mesa o bufete  
allí un mandil se descubre,  
que más empuerca que encubre,  
y al que se llama tapete.  
Yace encima un mal velón  
moribundo, desdichado,  
quien, a pesar de su estado,  
manifestó la intención  
que de alumbrarnos tenía;  
mas le faltó un requisito,  
y fue el aceite maldito,  
que estaba en Andalucía.  
Pues de esta mesa en redor,  
y por tal luz alumbrados,  
encontramos ya sentados,  
esperando un redentor,  
a una porción de estafermos,  
que por ser desaliñados,  
flacos, puercos y estropeados,  
me parecieron enfermos.  
Pero ¡ay Dios y qué sudores  
tuve! ¡Qué susto me diste  
cuando al oído me dijiste:  
éstos son los jugadores!  
Luego descubrí al banquero  
fumando su cigarrito,  
manejando aquel librito,  
o recogiendo dinero.  
A bosquejar no me atrevo  
ni sus dedos ni sus uñas,  
no se quejan las garduñas,  
o chille un cristiano nuevo;  
pero añadiré sencillo,  
que si le encuentro en la calle,  
en lugar de saludalle  
le doy mi capa y bolsillo.  
¡Qué juramentos! ¡Qué horrores!

¡Qué reniegos! ¡Qué porvidas!  
Y otras voces conocidas  
tan sólo entre jugadores.  
Acá gana una judía,  
allí las sotas se dan,  
piérdese un buen ganarán  
o quiebra contrajudía.  
Allí sin soga se amarra,  
se apunta sin escopeta,  
sin necesidad se aprieta,  
se mata sin cimitarra;  
también se entierra sin ser  
doctor ni sepulturero,  
y en fin, se pierde el dinero  
sin oír, sin hablar, sin ver.  
Estos, amiguito, son  
los primores que sin tasa  
se encuentran en esa casa  
que llamas de diversión.

Y no siento, ciertamente,  
haber jugado y perdido,  
sino el haber conocido  
pocilga tan indecente.

DON CARLOS

Es verdad; pero disculpa  
tengo, y sabes que el entrar  
fue sólo disimular.

DON SEVERO

No: tú no tienes la culpa;  
bien lo sé. La culpa es mía,  
mi confesión es bien clara,  
y obré anoche, cual obrara  
un chico de escuela pía.  
Si yo hubiera despreciado  
tus bravatas, si me río  
y no admito el desafío,  
todo estaba remediado.  
El deber y la amistad  
me lo mandaban así,  
y aunque yo lo conocí  
me cegó la vanidad.  
Luego, ya se ve, quisimos  
disimular este error,

cometiendo otro mayor.  
¿Y qué es lo que conseguimos?  
Pasar una noche entera  
mezclados con gariteros,  
malgastar nuestros dineros,  
y perder la lisonjera  
opinión de la honradez.

DON CARLOS  
¿Y quién saberlo podrá?

DON SEVERO  
La conciencia.

DON CARLOS  
Callará.

DON SEVERO  
¿Calla jamás este juez?

DON CARLOS  
Vamos, vamos, ten paciencia,  
que según voy entendiendo,  
aún están todos durmiendo  
en casa; y por consecuencia  
nuestra falta no han notado.

DON SEVERO  
¿Y los criados?

DON CARLOS  
¿Presumir  
quieres que lo han de decir?

DON SEVERO  
Un secreto en un criado  
se indigesta luego, luego.

DON CARLOS  
Es que yo les prevendré  
que callen.

DON SEVERO  
Peor.

DON CARLOS

¿Y por qué?

DON SEVERO

Porque pierdes criado y ruego.  
Depender del dependiente,  
es trocar los frenos, Carlos;  
y quien llega a equivocarlos  
no deshace fácilmente  
tamaña equivocación,  
lográndose de este modo  
que uno pierda su acomodo,  
y el otro su estimación.

DON CARLOS

No importa, voyles a hablar.

DON SEVERO

¿Al fin te decides?

DON CARLOS

Sí.

DON SEVERO

Haz lo que quieras, y di,  
pues vas adentro, a Gaspar,  
que venga sin dilación.

DON CARLOS

¿Tienes algo que mandarle?

DON SEVERO

Sí: se me ha ocurrido enviarle  
a casa.

DON CARLOS

Una comisión  
para el viejo, ¿eh?

DON SEVERO

Pues.

DON CARLOS

Ya estoy;  
quizá será por dinero.

DON SEVERO

Hombre, no seas majadero:  
anda si quieres.

DON CARLOS  
Voy, voy.

*Escena II*

DON SEVERO, solo.

DON SEVERO  
¡Ya mi paciencia se apura!  
No existe mayor tormento  
que estar uno descontento  
de sí mismo. ¡Qué locura  
la de anoche, y qué vileza  
al mismo tiempo! ¡Qué! ¿Es dable  
que jugador miserable,  
perdiera yo la cabeza,  
hasta el punto de jugar  
dinero que no era mío?  
Y después de un desafío...  
¡Y después de enamorar  
la novia de quien me debe  
su primera educación!...  
Pues, señor, en conclusión,  
soy un pícaro, un aleve.  
¿Y era yo quien presumía  
no tener ningún defecto?  
¿Era yo el hombre perfecto?  
Y al primer tapón... Daría  
cuanto tengo y tener puedo  
por morirme ahora, ahora...  
pero ¡es tan linda esta Flora!  
¿Y quién sabe si por miedo  
hubieran todos tenido  
mi prudencia?... A nadie agrada  
pasar por cobarde... y nada  
más simple que enfurecido,  
cuando Carlos me injurió,  
me acordase que primero  
he nacido caballero  
que no su amigo... pues no,  
no he sido tan delincuente;

y cuanto más reflexiono  
encuentro más en mi abono.  
Si Gaspar va diligente,  
y vuelve con el dinero,  
antes que este don Fermín  
me lo pida, ya por fin  
del mal el menos. Yo quiero  
suponer por un momento  
que se ignore lo ocurrido:  
entonces nada hay perdido.  
Pues bien, tomemos aliento,  
que quizá no se sabrá,  
y siempre que en adelante  
viva más cauto, es constante  
que el mundo me apreciará  
como me apreció hasta aquí.  
Bien dice Carlos, que soy  
muy tímido: así desde hoy  
he de ser lo que antes fui.

### *Escena III*

DON SEVERO y GASPAR.

DON SEVERO  
¿Gaspar?

GASPAR  
Señor, os confieso  
que yo he sido un mandarín,  
un borracho, un puerco espín.

DON SEVERO  
Vamos, no hablemos ya de eso;  
si la primera impresión  
de una culpa nos altera,  
luego la hacen más ligera  
el tiempo y la reflexión.  
Así que ya no me irrita  
lo que ayer juzgué gran culpa.

GASPAR  
(Aparte.) Cuando mi amo me disculpa  
sin duda me necesita.

DON SEVERO

Siempre fiel te he conocido,  
servicial, de buen humor.

GASPAR

(Aparte.) ¡Ay! ¿Qué me alaba, señor?  
¿Qué es lo que habrá sucedido?

DON SEVERO

Y darte una prueba quiero,  
Gaspar, de mi estimación,  
enviándote en comisión  
a casa.

GASPAR

Por...

DON SEVERO

Por dinero.

GASPAR

¡Ya!

DON SEVERO

A mi padre has de decir  
algún cuento, una ficción,  
que perdí por distracción  
la bolsa, que...

GASPAR

Eso es mentir.

DON SEVERO

Mentir no, que en realidad  
para dañar no conspira.

GASPAR

Ello no será mentira,  
mas no es decir la verdad.

DON SEVERO

Conque ¿no quieres?

GASPAR

Querré

si usted lo toma a su cuenta.

DON SEVERO

Tu escrúpulo me revienta.  
Sí tomo.

GASPAR

Pues mentiré.

DON SEVERO

Le dirás que en Villafranca  
me ha sucedido un fracaso...  
cualquier cosa, porque el caso  
es que no tengo una blanca;  
pero por Dios te suplico  
que vayas y vuelvas pronto.

GASPAR

¡Toma! ¿Pues soy algún tonto?  
Voy a ensillar el borrico  
de don Fermín.

DON SEVERO

¿Estás loco?  
¿En borrico?... Dame risa.  
Si esto llamas ir aprisa,  
¿qué será tu poco a poco?  
No, señor, has de alquilar  
la mejor mula de paso,  
y día y noche (éste es el caso)  
has de andar sin descansar.  
¿Lo entiendes?GASPAR  
Sí que lo entiendo.

DON SEVERO

Pues bien, marcha a prevenir  
mula y alforja.

GASPAR

¿Y me he de ir  
sin carta de usted?

DON SEVERO

Corriendo  
voy a escribir una esquila  
para padre, que razón

tienes.

GASPAR

Pues, señor, alón.

DON SEVERO

Oyes, no olvides la espuela.

*Escena IV*

DON SEVERO, solo.

DON SEVERO

¡Cuánto cuesta el enmendar  
un error! Si se supiera,  
más fácil mil veces fuera  
obrar bien, que no faltar.  
Y aunque nuestro orgullo es ciego,  
el desengaño no es mudo,  
por eso lo que no pudo  
el crimen, lo pudo luego,  
la vergüenza de que clara  
se descubra su fealdad.  
¡Qué compasión en verdad  
merece el que se separa  
de la línea del deber!  
¡Infeliz! Harto le cuesta,  
y el tiempo me manifiesta  
lo que no supe entender,  
cuando venturoso el nombre  
ignoraba del disgusto;  
mas ¡ay!, que siempre fue injusto,  
si fue venturoso el hombre.

*Escena V*

DON PEDRO y dicho.

DON PEDRO

¡Cuánto agradezco a mi estrella,  
don Severo, el encontraros  
solo!

DON SEVERO

¡Hola, señor don Pedro!  
¿Levantado tan temprano?

DON PEDRO

¡Ay, amigo de mi vida!  
Siempre madruga un cuidado.

DON SEVERO

Es verdad.

DON PEDRO

Y por desgracia  
yo me encuentro hoy en el caso  
de necesitar consejos,  
de reclamar los sagrados  
derechos de la amistad.

DON SEVERO

Pues ¿cómo?

DON PEDRO

Solos estamos,  
supongo.

DON SEVERO

Sí.

DON PEDRO

Es que sintiera  
que pudieran escucharnos,  
y después...

DON SEVERO

No tema usted,  
pues aún no se ha levantado  
don Fermín, y la familia  
anda en sus quehaceres.

DON PEDRO

¡Bravo!  
Nada entonces me detiene.

DON SEVERO

(Aparte.) ¿Qué será esto?

DON PEDRO

Amigo, me hallo  
en un fiero compromiso.

DON SEVERO

¿Y puedo servir de algo,  
señor don Pedro?

DON PEDRO

Sí tal,  
me podéis servir de tanto,  
que solamente confío,  
para salir del barranco  
en que estoy, en vuestro celo  
en la amistad, en el raro  
y prodigioso talento  
que os adorna.

DON SEVERO

Demasiado  
me honráis vos, amigo mío,  
y os suplico, que dejando  
esos elogios, digáis  
en qué tan afortunado  
podré ser, que útil os sea.

DON PEDRO

Pero siempre es necesario  
establecer los motivos  
que me impelen a buscaros.  
De otro modo os sorprendiera,  
sin duda, que entre los varios  
amigos que tengo, os busque  
y prefiera siendo el lazo  
que nos une tan reciente;  
y esto fuera muy extraño  
a no mediar lo que media.  
Mas, amigo, vamos claros,  
nunca se repara en fechas  
cuando se necesita.

DON SEVERO

Hartos  
ejemplos pueden citarse  
de esta verdad.

DON PEDRO

Yo ahora trato  
de buscar un hombre serio,  
justo, desinteresado,  
imparcial, fiel, venturoso,  
y éste sois vos.

DON SEVERO

(Aparte.) El retrato  
no es del todo parecido.

DON PEDRO

Son luces de usted; sus vastos  
conocimientos, sus rectos  
principios, y su exaltado  
amor a la virtud, pueden  
asegurarme que el sano  
consejo que necesito,  
estará exento de humanos  
intereses, de pasiones  
y de esos afectos bajos,  
que dirigen comúnmente  
los que damos y tomamos.

DON SEVERO

En lo que alcanzan mis luces,  
señor don Pedro...

DON PEDRO

Bien. Paso  
al asunto. Yo me encuentro,  
como juez y magistrado,  
en la dura alternativa,  
en el caso triste y raro  
de tener que atropellar  
un amigo, o los sagrados  
derechos de un ministerio  
terrible, mas necesario.

DON SEVERO

¿Y este amigo ha delinquido?

DON PEDRO

La ley le condena.

DON SEVERO

¿El caso  
os parece tan difícil?

DON PEDRO

Sí me parece; pues varios  
incidentes favorecen  
y escudan su atropellado  
arrojo. Luego, es mi amigo,  
nos tratamos como hermanos  
ambas familias, y es fuerte  
cosa verse precisado...

DON SEVERO

Pero la ley.

DON PEDRO

En cuanto a eso  
no puede disimularlo:  
le coge de medio a medio.

DON SEVERO

Pues, señor, un magistrado  
no debe entonces dudar:  
y es un crimen el retardo  
más pequeño, la menor  
dilación, si fuere en daño  
de su augusto ministerio.

DON PEDRO

Ni yo de ofenderlo trato;  
pero pudiera, como hombre,  
encontrar más avisado  
el medio de conciliar...

DON SEVERO

Imposible es encontrarlo.  
La ley indica la senda,  
y el juez los ojos cerrados,  
debe seguirla y llegar  
al fin propuesto. Si incauto  
los abre, arriesga el perderse,  
pues buscará los atajos,  
y con ellos, los peligros.

DON PEDRO

¿Conque prescindo de cuanto

me interese en su favor?

DON SEVERO

Sí, señor, o vais errado.

Y no os parezca tampoco  
que hacéis un extraordinario  
sacrificio. No, en la historia  
encontraréis un romano  
Dictador que condenó  
a su hijo. También un Casio  
y un Bruto que dieron muerte,  
uno al padre, otro al amado  
bienhechor. En fin, mil hechos  
iguales, que demostraros  
podrán cuánto los afectos  
se miran subordinados  
a los deberes, y cuánta  
gloria nos da el sujetarlos.

DON PEDRO

Mil gracias, amigo mío.  
Confieso habéis disipado  
todas mis dudas, y pronto,  
pronto conoceréis si hago  
caso de vuestros consejos.

DON SEVERO

¡Hola! Ya se ha levantado  
don Fermín.

DON PEDRO

Tanto mejor.  
Ahora veréis lo que valgo,  
cuando amigos como vos  
me infunden valor.

DON SEVERO

El diablo  
me lleve, si yo comprendo  
qué analogía...

*Escena VI*

FERMÍN, DOÑA TOMASA, DON CARLOS, COLASA y dichos.

DON FERMÍN

¡Levantados,  
y a estas horas ya en visita!  
Pues esto, o mucho me engaño  
o es pedirme chocolate.

DON PEDRO

Sí, chocolate, el que traigo  
no es muy bueno para usted.

DON FERMÍN

¡Oiga!

DON PEDRO

Soy muy desgraciado,  
don Fermín.

DON FERMÍN

¿Qué dice usted?

DON PEDRO

¿Y he de ser yo, cielo santo,  
quien entregue esta familia  
al dolor?

DON FERMÍN

Pues ¿cómo?, claro,  
diga usted lo sucedido,  
que esos gestos y esos ascos  
me matan a confusiones,  
y me indican...

DON PEDRO

Mucho y malo  
deben indicar a usted,  
y nunca hubiera encontrado  
en mí bastante valor  
(lo confieso) para daros,  
siendo tan amigo vuestro,  
semejante trabucazo,  
sin los prudentes consejos  
del hombre que estáis mirando.  
Mis deberes, como juez,  
no me recordasen sabios,  
si una lógica elocuente

no me hubiese demostrado,  
que la ley no tiene amigos,  
sino aquellos que observando  
sus preceptos, siguen siempre  
la línea que ella ha trazado.  
Por eso, al fin me decido...  
y a mi pesar... violentando  
mis afectos... he venido...

DON FERMÍN  
¿A qué, señor? Concluyamos.

DON PEDRO  
A prender a don Carlitos.

DON SEVERO  
(Aparte.)  
¡Qué escucho!

DON FERMÍN  
¿Qué es esto, Carlos?

DON CARLOS  
Lo ignoro, y como no sea  
por un lance, un altercado  
que con un desconocido  
tuve ayer noche, no caigo  
en lo que pueda ser.

DON FERMÍN  
(A DON PEDRO.) Vaya  
¿es esto?

DON PEDRO  
Lo han acertado  
ustedes.

DON FERMÍN  
¿Y tal friolera  
basta para...?

DON PEDRO  
Despacio,  
señor don Fermín, que yo  
no soy ningún mentecato  
para obrar tan de ligero.

Sepa usted que han delatado  
a Carlos por desafío  
tenido anoche: por varios  
conductos me vino el soplo;  
y yo, como magistrado,  
no puedo disimular  
un hecho que saben tantos.  
Fuera esto comprometer  
sin ton ni son, y en tal caso  
el individuo...

DON FERMÍN

Ya entiendo:  
y después aconsejado  
por don Severo...

DON PEDRO

Cierto.

DON FERMÍN

¡Hombre!  
¿Está usted endemoniado?  
¡Éste es un cuñadicidio!

DON SEVERO

Señor don Fermín, reclamo  
vuestra indulgencia. Escuchadme  
y juzgadme si he faltado  
al deber, o a la amistad.

DON FERMÍN

(Alejándose de él.)  
Déjeme usted, por San Pablo.  
A lo menos si ya hubiesen  
ustedes emparentado,  
anda con Dios, que no fuera  
usted el primer cuñado,  
ni el último que lo hiciese;  
pero antes es un milagro,  
una cosa nunca vista.

DON SEVERO

Carlos, tú que me has tratado  
y me conoces a fondo  
di, si me juzgas tan malo,  
tan perverso, que...

DON CARLOS

(Alejándose de él.) No sé;  
pero sólo sí reparo,  
que no aconsejas muy bien.

DON SEVERO

Flora, por Dios...

DOÑA TOMASA

(Alejándose de él.) Muy villano  
vuestro proceder parece;  
suspendo mi juicio, y no hago  
poco.

COLASA

Óigame usted un consejo,  
pues parece aficionado.  
Quien obra mal hace bien  
en callar.

DON SEVERO

¡Estoy soñando!  
Me desprecian, y huyen todos  
de mí, cual si fuera el diablo,  
sin oírme, sin informarse  
tan siquiera hasta qué grado  
soy criminal. ¿Y por qué  
me huyen? ¿Por qué soy malvado?  
Porque tengo la apariencia  
contra mí: si así juzgamos  
siempre, no me maravilla  
encontrar tantos culpados.

DON PEDRO

Juzgamos, ni más ni menos,  
lo mismo que aconsejamos.  
Cuando no nos duele, duro;  
y cuando nos duele, blando.

DON SEVERO

Diga usted, señor don Pedro,  
a estos señores, si acaso  
pude saber se trataba  
de Carlos.

DON PEDRO

No le nombramos,  
en efecto.

DON FERMÍN

(Acercándose.) ¡Hola! Pues eso  
es otra cosa.

DON CARLOS

(Acercándose.) En salvando  
tu amistad, nada me importa  
lo demás.

DOÑA TOMASA

(Acercándose.) Pues yo no parto  
tan de ligero, por eso  
hice muy bien en dudarlo.

COLASA

(Acercándose.) Sí señora, siempre dije  
lo mismo.

DON SEVERO

¡Qué desengaño,  
y qué lección! Lo que siento,  
señor don Pedro, y lo extraño  
a la verdad, es que usted  
me comprometiese tanto.

DON PEDRO

Señor, yo busqué un consejo  
que me ilustrase en tamaño  
compromiso; usted no debe  
resentirse, si arrastrado  
por la opinión de sus luces...

DON SEVERO

Pero en empeño tan arduo  
usted debió, cuando menos  
nombrarme al interesado,  
para que yo...

DON PEDRO

¿Y qué hace el nombre  
para el hecho?

DON SEVERO

Sí, que Carlos  
es mi amigo, y...

DON PEDRO

Se prescinde  
de estos febles y mundanos  
afectos, cuando se trata  
del bien social.

DON SEVERO

Sin embargo...

DON PEDRO

Y si no, acuérdesse usted  
de aquel dictador romano

que me citó no hace mucho.

DON SEVERO

Diré que ha sido un borracho;  
pues de otra suerte no hiciera  
tan repugnante atentado.  
La naturaleza nunca  
pierde sus derechos santos,  
y aquél que los desconoce  
es imbécil, o malvado.

DON PEDRO

¿Y Bruto?

DON SEVERO

¡Oh! No lo nombréis;  
fue un parricida.

DON PEDRO

Pues Casio  
no le fue entonces en zaga.

DON SEVERO

¡Ya se ve!

DON PEDRO

¿Mas lo contrario  
no dijisteis hace un credo?  
O al menos lo habré soñado.

DON SEVERO  
Es que entonces...

DON PEDRO  
Es que entonces  
era el paciente un extraño,  
y a su costa siempre es bueno  
ser justo y cargar la mano.  
¿No es verdad?

DON SEVERO  
Qué responder  
no sé.

DON FERMÍN  
Pero ese adversario  
de Carlos, ¿quién es? ¿Se puede  
saber?

DON PEDRO  
Señor, lo ignoramos;  
y si Carlos no lo dice...

DON SEVERO  
Lo diré yo.

DON CARLOS  
(A DON SEVERO, aparte.)  
¡Mentecato!  
¿No ves que a tu amada Flora  
comprometes?

DON SEVERO  
(Lo mismo, a DON CARLOS.)  
Pero Carlos,  
¿he de permitir...?

DON FERMÍN  
¿Qué es eso,  
señores?

DON CARLOS  
Nada, un encargo  
que le dejo.

DON FERMÍN

¡Lindo cuento!  
Pues como dé los recados  
como los consejos...

DON PEDRO

Vaya,  
si usted no tiene reparo,  
don Carlos, nos marcharemos  
juntos.

DON CARLOS

No lo tengo. Vamos.

DON FERMÍN

(Aparte, a DON PEDRO.)  
¡Ay, Virgen santa! Oiga usted  
¿dónde va el chico?

DON PEDRO

(Aparte, a DON FERMÍN.)  
A su cuarto  
a que se desnude, y duerma  
el tiempo que ha trasnochado.

DON FERMÍN

¡Conque, a la cárcel!

DON PEDRO

No hay medio:  
es fuerza formar sumario,  
y remitirlo a Pamplona.

DON FERMÍN

Pues, señor, acompañarlo  
quisiera yo hasta la cárcel.

DON PEDRO

Venga usted.

DON FERMÍN

(A DON SEVERO.)  
Pronto despacho,  
y a mi vuelta, don Severo,  
tenemos que hablar un rato  
a solas.

DON SEVERO  
Está muy bien.

DON PEDRO  
Vamos, que es muy tarde.

DON CARLOS  
Vamos.

DOÑA TOMASA  
¡Qué desdicha!

COLASA  
¡Señorito  
de mi vida!

DON FERMÍN  
¡Qué quebranto!  
¿En la cárcel un Peralta?  
¡Ay, si mis antepasados  
levantaran la cabeza,  
no se armara mal fandango!

*Escena VII*

DON SEVERO, solo.

DON SEVERO  
¡Qué me sucede! ¿Qué pasa  
por mí? No sé lo que fue,  
mas desde que puse el pie  
en esta maldita casa,  
ni me conozco, ni puedo  
hacer sino desatinos.  
¡Cuál será, cielos divinos,  
el fin de todo este enredo!  
Si se llega a descubrir  
que fui yo quien ha reñido  
con Carlos, estoy lucido;  
y si no, ¿he de permitir  
que él sufra en dura prisión  
mientras que alegre paseo?  
Es imposible, y yo creo

que fuera una vil acción  
silencio tan criminal.  
Así romperlo sabré...  
Mas ¡necio! ¿Y qué ganaré?  
¿Mi mal calmará su mal?  
No por cierto, y solamente  
se logrará en realidad,  
sin curar la enfermedad,  
aumentar otro paciente.  
Mi temor crece a medida  
que los riesgos se acrecientan,  
y las dudas atormentan  
más mi pecho que la herida:  
fuerza será que yo busque  
mi remedio en un consejo,  
antes de que vuelva el viejo  
y su cólera me ofusque.  
A Flora voy a buscar,  
ella será mi doctor,  
si un mal que ha causado amor,  
amor lo sabe curar.

## ACTO QUINTO

### *Escena I*

DOÑA TOMASA y DON SEVERO.

DOÑA TOMASA  
Señor, vuestra desconfianza  
al desaliento os entrega,  
y os arruina porque os ciega.  
El amor ¿no os da confianza?

DON SEVERO  
Él es toda mi esperanza.

DOÑA TOMASA  
Pues bien, si confiáis en él,  
a su culto sed más fiel,  
y no ofendáis su respeto.

DON SEVERO

¿En qué?

DOÑA TOMASA

Es dudar de mi afecto;  
que si yo no soy infiel  
a la fe que prometida  
os tengo, no sé lo que  
podáis temer.

DON SEVERO

Yo lo sé;  
temo mi opinión perdida  
y el grito de una ofendida  
conciencia; temo, también,  
el merecido desdén  
del anciano don Fermín,  
y temo a todos; que en fin,  
teme bien, quien no obra bien.

DOÑA TOMASA

Nunca comprender pudiera  
vuestro extraño sentimiento,  
si una parábola o cuento  
su explicación no me diera.  
Dicen que allá en la Baviera  
cierto quídam se encontró  
un pendiente, y que le halló  
tan fino, terso y brillante,  
que desde luego diamante  
y bueno le pareció.  
Por su desgracia un platero  
hizo pronto conocer  
a este pobre caballero,  
que su valor era cero;  
y a pesar de su jactancia,  
confesó al fin, que en sustancia  
la joya tan ponderada  
era (si usted no se enfada)  
sólo una piedra, y de Francia.  
En vano se desespera,  
llora, se queja y maldice  
hallazgo tan infelice.  
Nunca consolado fuera  
si la fortuna no hiciera  
que a su lado reparó,  
cuando menos lo pensó

un pequeñuelo inocente  
jugando con el pendiente  
compañero del que halló.  
¡Hola! Dijo él aburrido,  
este niño se complace,  
y alegre se satisface  
con un diamante fingido:  
pues si no hubiera tenido  
por fino, terso y brillante  
a mi soñado diamante,  
también con él jugaría;  
luego la culpa fue mía,  
y no del hado inconstante.

DON SEVERO

¡Ay, Flora! Tenéis razón:  
ya conozco mi flaqueza.

DOÑA TOMASA

Perdonad a mi franqueza  
hija de mi estimación.

DON SEVERO

Agradezco la lección,  
que ingeniosa me habéis dado;  
la violencia de mi estado  
la debo a mi necio error,  
pues quise darme un valor  
demasiado exagerado.

DOÑA TOMASA

¿Lo conocéis?

DON SEVERO

Sí, señora.

DOÑA TOMASA

Probadlo.

DON SEVERO

Decid, ¿en qué?

DOÑA TOMASA

Lo diré, y no tardaré;  
pero no puede ser ahora.

DON SEVERO

Entonces, amable Flora,  
satisfaceros no puedo.

DOÑA TOMASA

Tengo una especie de miedo...

DON SEVERO

¿En qué fundáis tal engaño?

DOÑA TOMASA

En que a vuestro desengaño  
todavía no concedo  
toda la fe que pudiera.  
Quedad, Severo, con Dios.

DON SEVERO

Qué, ¿os vais?

DOÑA TOMASA

Sí, que con vos  
más arriesgo que debiera.

DON SEVERO

Señora, daros quisiera  
esa prueba que pedís.

DOÑA TOMASA

¿De buena fe lo decís?

DON SEVERO

¿Lo dudáis?

DOÑA TOMASA

¡Ay, don Severo!  
Si el desengaño es sincero  
más sabréis que presumís.

*Escena II*

DON SEVERO, solo.

DON SEVERO

Se va y me deja entregado

a la incertidumbre fiera,  
sin que pueda mi cuidado  
verse jamás aliviado  
de un mal que le desespera.  
¿Qué será lo que tendrá  
que decirme esta mujer?  
Ignoro lo que será;  
mas si el tiempo lo dirá  
dejémosle, pues, correr.

*Escena III*

COLASA y dicho.

COLASA  
¿Don Severo?

DON SEVERO  
¿Nicolasa?

COLASA  
Aunque usted siempre está serio  
conmigo, yo, sin embargo,  
hace dos horas que espero  
la ocasión de hablar a solas  
con usted.

DON SEVERO  
¡Hola! ¿En qué puedo  
yo servirte?

COLASA  
No, señor,  
si la que puede aquí hacerlo,  
en favor de usted, soy yo.

DON SEVERO  
¿En mi favor?

COLASA  
Sí, por cierto.  
¿Estamos solos?

DON SEVERO

(Aparte.) ¡Dios mío,  
volvemos a los misterios  
y a los tapujos! Sí estamos.

COLASA

Pues sepa usted, don Severo,  
que aunque parezco criada,  
soy más de lo que parezco;  
pues soy el único archivo  
donde todos los secretos  
de los Peraltas se guardan;  
soy además consejero  
nato del padre, de la hija,  
del hermano, de los deudos,  
de los amigos de casa,  
de los criados, y aun de aquéllos  
que llamamos conocidos,  
porque conocemos menos.

DON SEVERO

Pues, Colasa, en parangón  
tuyo, ¿qué hace ese consejo  
de Navarra?

COLASA

Yo no sé,  
sino sólo que no miento  
ni exagero; y para prueba  
de lo dicho, decir debo  
a usted que también conozco  
sus pesares y secretos.  
Cabalito.

DON SEVERO

¿Los conoces?

COLASA

Sí, señor, ni más ni menos:  
si no, dígalo el amor  
a doña Flora, los celos  
de Carlos, el desafío,  
luego la casa de juego,  
la noche pasada en claro,  
el natural sentimiento  
por la prisión del amigo,  
los temores y recelos

de que se descubra el ajo,  
y también ciertos enredos,  
como mentiras, ficciones,  
efugios y...

DON SEVERO

Basta, veo  
que estás al cabo de todo  
y no es necesario...

COLASA

Bueno  
era quitaros la duda,  
por si acaso.

DON SEVERO

No la tengo,  
por cierto.

COLASA

Pues bien, entonces  
os diré, sin más rodeos,  
que una cierta inclinación  
simpática que os profeso...

DON SEVERO

¡Calla! ¿También se conoce  
en aqueste triste pueblo  
la simpatía?

COLASA

Sí, señor.  
Si cualquiera en estos tiempos  
simpatiza con cualquiera.

DON SEVERO

Pues, hija, bendiga el cielo  
tales tiempos. Sigue, sigue.

COLASA

Digo yo, que cierto afecto,  
cuya causa desconozco,  
aunque siento sus efectos,  
me determina a serviros,  
dándoos, señor, un consejo.

DON SEVERO

Venga, pues, aunque no sea  
un gran partidario de ellos;  
pues dados son arriesgados,  
y si se reciben, necios.

COLASA

Mire usted, lo que es el mío,  
no haya miedo que nos dañe.

DON SEVERO

Vaya, dilo.

COLASA

Os aconsejo  
que os quitéis la mascarilla.

DON SEVERO

¡La mascarilla!

COLASA

No veo  
otro camino que pueda  
salvaros.

DON SEVERO

Ni yo comprendo  
lo que me quieres decir  
con eso.

COLASA

¿No? Pues muy presto  
lo sabréis si me escucháis:  
atención, y va de cuento.  
Entre los varios quehaceres  
que atosigan a los vicios  
el primero y principal  
es la elección de los yernos.  
Mi amo don Fermín, no sólo  
por su mal tuvo este empeño,  
sino que quiso también  
buscar un yerno perfecto;  
y eso es, señor, imposible.  
¿No es cierto?

DON SEVERO

Cierto, y muy cierto.

COLASA

Cuando al fin se decidió  
por usted, fue, por supuesto,  
convencido de que había  
encontrado aquel modelo  
de perfección que buscaba,  
y ya ve usted si está lejos  
de haberlo hallado: ¿no digo  
bien?

DON SEVERO

Muy bien.

COLASA

Si sus defectos  
de usted, sus calaveradas,  
y todos sus devaneos  
se pudieran descubrir,  
no hay duda que nuestro viejo  
andana se llamaría.  
Entonces, usted perdiendo  
el engañoso barniz  
que ocultaba los remiendos,  
se quedara tal cual es,  
y tal cual son entre ciento  
los noventa y nueve: entonces,  
libre del pasado empeño,  
pudiera usted contratar  
con Flora otro empeño nuevo,  
y casarse, y tener hijos,  
y conseguir luego un...

DON SEVERO

¡Fuego  
con el consejo que das!  
¿Y quieres tú que yo mismo  
diga y confiese...?

COLASA

¿Qué importa  
que sea usted o sea un tercero  
en discordias, el que cuente  
todo? Así siempre es muy bueno  
el tomar la delantera.

DON SEVERO

Con todo, tengo recelo;  
y después el amor propio  
padece mucho con estos  
desenlaces.

COLASA

¡Ay, señor!  
El amor propio y los celos,  
como a los paracaídas  
los sostiene sólo el viento.

DON SEVERO

Sí, pero yo me conozco  
y aunque estuviera año y medio,  
estoy seguro, Colasa,  
que me faltara el aliento,  
si tuviera que decir  
cara a cara...

COLASA

¿No es sino eso?  
Pues bien, corre de mi cuenta:  
yo me encargo.

DON SEVERO

Ni por pienso,  
no quiero que me descubras.

COLASA

Usted lo que tiene es miedo  
y pues milagrosamente  
nuestro enemigo tenemos  
en campaña, verá usted  
si merezco o no merezco  
la confianza general.

DON SEVERO

Calla, por Dios.

*Escena IV*

DON FERMÍN y dichos.

DON FERMÍN

Don Severo,  
estoy contra usted lo mismo  
que si fuera ya su suegro.

DON SEVERO

Pues, señor, lo siento mucho.

DON FERMÍN

Dígame usted, ¿qué embelecocos,  
qué enredos, qué trapisondas,  
son éstas? ¿Por qué está preso  
Carlos? ¿Por qué la Florita  
llora? ¿Por qué está usted serio,  
cabizbajo y taciturno?  
Responda usted.

DON SEVERO

Yo me siento  
algo mal, y a eso atribuyo  
mi tristeza.

DON FERMÍN

¿Es del cerebro  
el mal?

COLASA

¡Jesús! No, señor,  
si es el mal del descontento,  
dolencia que solamente  
suele cebarse en aquellos  
que han estado más robustos,  
porque los encuentra menos  
hechos a padecer.

DON FERMÍN

Dime,  
Colasa, ¿y qué sabes de eso?

COLASA

Conque ¿no lo sé? Pues vaya,  
preguntadle a don Severo  
si no es cierto que padece  
una zozobra, un interno  
disgusto, una comezón

a manera de recelos,  
y sobre todo, señor,  
un peso en la frente, un peso...

DON FERMÍN

Ese es mal de novios.

COLASA

Suele  
también muchas veces serlo;  
pero aquí no es mal de novios,  
que es sólo...

DON FERMÍN

¿Qué?

COLASA

Descontento  
de sí mismo, precisión  
de hablar con usted, gran miedo  
de que se enfade, y por fin,  
indigestión de un secreto  
que necesita salir,  
y no puede.

DON FERMÍN

(A DON SEVERO.)

¿Es eso cierto?

DON SEVERO

Nicolasa se chancea,  
y su genio placentero  
quiere sin duda a mi costa...

COLASA

No, señor, no me chanceo:  
usted tiene un secretazo...

DON SEVERO

Nicolasa...

COLASA

Yo no entiendo  
de señas: hartó he callado,  
y si ahora no hablo, reviento.

DON SEVERO

Pues mejor será que yo  
me retire. Hoy es correo  
precisamente y dos cartas  
tengo que escribir.

COLASA

No quiero  
que tales cartas se escriban  
hasta salir del aprieto  
consabido. Venga usted  
acá, señor don Severo,  
y diga al que en infusión  
está para ser su suegro,  
cómo ha pasado la noche;  
no en su casa ni al sereno,  
sino en casa de la Pepa,  
la mujer del estanquero.

DON FERMÍN

¿Fumando?

COLASA

No tal, jugando  
y perdiendo su dinero,  
y aun el vuestro de Tafalla.

DON FERMÍN

¿Y qué más?

COLASA

Que si fue al juego,  
fue sólo por disimulo;  
pues estuvo antes riñendo  
con Carlos.

DON FERMÍN

¡Con Carlos!

COLASA

Sí;  
por unos ciertos requiebros  
dichos a doña Florita.

DON FERMÍN

¡Qué! ¡También ésa!

COLASA

Y no fueron,  
por parte del señorito,  
infundados estos celos,  
que el señor gusta de Flora  
y Flora no gusta menos  
del señor. ¡Ay!... Ya salimos  
del apuro.

DON FERMÍN

¡Qué oigo, cielos!  
Dígame usted, señor mío,  
si dar entera fe puedo  
a lo que dice Colasa.

DON SEVERO

Señor, hay ciertos momentos  
en que...

DON FERMÍN

No quiero disculpas:  
bien sé que no hay hombre cuerdo  
a caballo, y por lo tanto,  
sin dilación ni rodeos,  
sólo exijo una respuesta  
categórica.

DON SEVERO

No encuentro  
qué decir.

DON FERMÍN

Vamos, ¿sí o no?

DON SEVERO

Pues, señor, yo lo confieso:  
es verdad cuanto ella dijo.

DON FERMÍN

¿Cierto?

DON SEVERO

Cierto.

DON FERMÍN

Eso supuesto,

dame los brazos y aprieta,  
que estoy loco de contento.

DON SEVERO  
¿Qué es esto?

DON FERMÍN  
¡Válgame Dios,  
qué fortuna!

DON SEVERO  
¿Estoy durmiendo?

DON FERMÍN  
¿Un yerno amable, sensible  
y enamorado en extremo;  
un yerno pundonoroso  
y nada cobarde; un yerno  
amigo de diversiones,  
de trasnoches y de juegos?  
¡Qué hallazgo! Yo, que esperaba,  
teniendo un yerno perfecto  
ser mártir de su virtud,  
hallarme uno, de quien puedo  
murmurar, quien sabrá darme  
a cada instante pretextos  
para reñirle, y quejarme  
a los vecinos y deudos.  
Vaya, vaya, ¡qué fortuna!  
Ahora sí que seré suegro  
en forma, sin menoscabo  
de mi clase y privilegios.  
Mas, ¿qué es lo que me detiene?  
¿Por qué no marchó corriendo  
a buscar un escribano  
y un cura, que os casen luego?

COLASA  
¡Que los case! ¿Quién con quién?

DON FERMÍN  
Mi Tomasa con Severo:  
¡buena pregunta!

COLASA  
¿Y Florita?

DON FERMÍN

Que se vaya a los infiernos.  
Adiós, adiós, yerno mío,  
ten paciencia. Pronto vuelvo.

DON SEVERO

Esperad, por Dios, señor,  
escuchadme.

DON FERMÍN

Ya no hay tiempo,  
pero cuando estés casado  
te escucharé como un muerto.

*Escena V*

DON SEVERO y COLASA.

DON SEVERO

Ahora bien, Colasa,  
¿qué podrás decir  
de tal aventura?

COLASA

Callar y reír.

DON SEVERO

¿Reír?

COLASA

Sí por cierto.

DON SEVERO

¿Te burlas de mí?

COLASA

No tal; pero ¿cómo  
podré resistir  
el flujo de risa  
cuando don Fermín  
en vez de enfadarse,  
te casa?

DON SEVERO  
Y por ti,  
por ti sólo ha sido.

COLASA  
¿Y quién presumir  
pudiera este lance?  
Mas, en fin, decid,  
¿os casáis?

DON SEVERO  
¿Y cómo  
lo puedo eludir?

COLASA  
Pronunciando un no  
en lugar de un sí.

DON SEVERO  
¡Qué extraño suceso!

COLASA  
De un viejo mastín  
es el tragadero  
puerta de toril.

DON SEVERO  
Colasa, ¿qué haremos?

COLASA  
Fuerza es discurrir  
un medio.

DON SEVERO  
¿Y qué medio?

COLASA  
¿Queréis, por San Gil,  
que os dé otro consejo?

DON SEVERO  
Vaya por Dios. Di.

COLASA  
Quien es tan cobarde  
que teme sufrir,

no busque en los otros  
lo que no halla en sí;  
que el valor ajeno  
no puede servir  
en darlo tan propio  
como el suyo; así  
sufra su quebranto  
o aprenda a vivir.

*Escena VI*

DOÑA TOMASA y dichos.

DOÑA TOMASA  
Severo, Colasa,  
¡ay, triste de mí!  
Perdidos estamos.

DON SEVERO  
¿Qué sucede? Di.

COLASA  
¿Qué es esto, señora?

DOÑA TOMASA  
¡Ay, que entrar yo vi  
al señor don Pedro!

COLASA  
¿Solo?

DOÑA TOMASA  
Un ministril  
enjambre le sigue;  
y vienen por ti,  
sin duda, Severo.

DON SEVERO  
Dejadlos subir,  
que nunca he temido  
la cárcel por sí,  
sino porque pude  
antes delinquir.

*Escena VII*

DON PEDRO y dichos.

DON PEDRO  
Señor don Severo,  
¿prometéis decir  
verdad?

DON SEVERO  
Jamás supe  
qué cosa es mentir.

DON PEDRO  
¿Sois vos quien con Carlos  
hubo de reñir  
ayer por la noche?

DON SEVERO  
Sí, señor, yo fui.

DON PEDRO  
¿Qué puede excusaros?

DON SEVERO  
Ser hombre, y que en mí  
se hallen las flaquezas  
que en los otros vi.

DON PEDRO  
Pues debo prenderos.

DON SEVERO  
Prended y cumplid  
como juez, que yo  
como hombre cumplí.

DON PEDRO  
Alguaciles, hola,  
al punto venid.

*Escena VIII*

DON FERMÍN, DON CARLOS y dichos.

DON CARLOS

Aquí está un cuñado.

DON FERMÍN

Y un suegro está aquí.

COLASA

Dos son sólo, y sobra  
más de un alguacil  
para sujetar  
aunque fuera al Cid.

DON SEVERO

Pero señores, ¿qué es esto?  
¡Qué dichosa novedad!  
¿Carlos puesto en libertad  
tan impensado, tan presto?  
Todos callan: ¡lindo afán!  
¿No se me quiere decir  
de dónde pudo venir  
tanta dicha?... Y ¿dónde  
están los alguaciles, que preso  
debieron ponerme ahora?  
Dilo, Carlos; hablad, Flora,  
o ¿queréis que pierda el seso?  
De una duda tan crüel  
evitadme los temores.

DON FERMÍN

Y ¿quién le pone, señores,  
a este gato el cascabel?  
¿Quién le dice la verdad?

DON PEDRO

A vos os toca.

DON FERMÍN

A mí no.

DON CARLOS

Yo no lo digo.

COLASA

Ni yo.  
DON FERMÍN  
Don Pedro, hablad.

DON CARLOS  
Padre, hablad.

DON FERMÍN  
Habla tú.

DON CARLOS  
¿Quién esto vio?  
Los hijos deben callar.

DON SEVERO  
Conque, ¿nadie quiere hablar?

DOÑA TOMASA  
Si no quieren, lo haré yo.  
Ignoro si me asegura  
mi sexo la impunidad;  
pero sabed la verdad,  
aunque arriesgue mi ventura.  
Señor don Severo, si  
de alguno os podéis quejar,  
no tenéis que titubear,  
pues debe de ser de mí.  
Y en prueba, deciros quiero,  
aunque a Flora hayáis querido,  
que Flora es nombre fingido  
y Tomasa el verdadero.

DON SEVERO  
Señora, ¿vos sois Tomasa?

DOÑA TOMASA  
Sí, señor, de mala gana.

DON SEVERO  
¿Y sois de Carlos hermana?

DOÑA TOMASA  
No tiene otra hermana en casa.

DON SEVERO  
Luego ha sido fingimiento

su pasión, vuestro desvío,  
sus celos y el desafío.

DOÑA TOMASA  
No hay duda: todo fue cuento.

DON SEVERO  
¿Y qué causa provocó  
tal enredo?

DOÑA TOMASA  
Vuestra fama.

DON SEVERO  
¿Mi fama?

DOÑA TOMASA  
Sí, que una dama  
siempre un marido temió  
con la rara cualidad  
de perfecto en demasía,  
que un necio sólo confía  
en la ajena necesidad.

DON SEVERO  
Luego quisisteis que yo  
desatinos cometiera.

DOÑA TOMASA  
Y quisimos bien, pues era  
el camino que se halló  
para haceros conocer  
el valor de la indulgencia.

DON SEVERO  
¡Tan bella y con tal prudencia!

DOÑA TOMASA  
Siempre es bueno prever.

DON SEVERO  
La lección es harto dura.

DOÑA TOMASA  
¿Cuándo es blanda una lección?

DON SEVERO

¿Quién a tal conjuración  
resistiera? La hermosura,  
la amistad y la experiencia  
se reunieron en mi daño;  
por lo mismo no es extraño  
sucumbiera mi inocencia.

DOÑA TOMASA

Aquestas conjuraciones  
sólo os pueden enseñar:  
temed las que han de formar  
muy pronto vuestras pasiones.  
Éstas son, sin duda alguna,  
las que más debéis temer,  
y si las lográis vencer,  
benedicid vuestra fortuna,  
sin que por eso, señor,  
insultéis al que es vencido,  
pues él hubiera querido  
ser, como vos, vencedor.

DON SEVERO

Conozco, señora mía,  
vuestra razón, y la aprecio  
de tal modo, que en desprecio  
de mi orgullo, quiero un día  
ser de todos conocido  
por tolerante y prudente,  
que es lo mismo que indulgente.

DOÑA TOMASA

¡De veras!

DON SEVERO

Nunca he mentado.

DOÑA TOMASA

Entonces, ésta es mi mano,  
si es que mi padre lo aprueba.

DON FERMÍN

Dios os bendiga y os llueva  
más hijos que en el verano  
hay chinches. Pero, Severo,  
no olvides esta lección,

que siempre los buenos son  
a perdonar los primeros.

DON SEVERO

¿Olvidar esta lección?  
¡Jesús, señor, qué demencia!  
Y en prueba de mi indulgencia  
obtendréis vuestro perdón.

DON FERMÍN

¿Qué dices? ¡Oh, qué delirio!  
¡Perdón yo! ¿De qué o por qué?

DON SEVERO

Porque vuestra casa fue  
donde he sufrido el martirio  
de una burla asaz pesada,  
siendo los actores de ella  
mi anciano, una doncella  
con ínfulas de casada,  
un juez, y en fin, un amigo  
a quien conocí en su infancia;  
confesad, pues, que en sustancia,  
os excedisteis conmigo;  
y pues por distintos modos  
todos, don Fermín, lo erramos,  
bueno será que pidamos

FIN